PABLO PARELLADA

¡Qué amigas tienes, Benita!

COMEDIA

EN TRES ACTOS, ORIGINAL

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1920

¡QUÉ AMIGAS TIENES, BENITA!

¡QUÉ AMIGAS TIENES, BENITA!

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

PABLO PARELLADA

Estrenada en el TEATRO INFANTA ISABEL, el 24 de diciembre de 1919

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.

TELÉFONO. M 551

1920

PERSONAJES

PEPITA. (25 años). Novia de Fabricio. Traviesa y sagaz. Impone su voluntad a las demás señoritas de la población, amigas suyas.—Carmen Posadas.

BENITA. (18 a 20 años.) Candorosa e ingenua, menos tratándose de amor, para lo cual tiene sus mañas como todas las hijas de Eva. No tiene novio.—Blanca Jimenez.

LEONA. (35 años.) Novia de León. Es un poco más ordinaria que las otras, sin dejar de ser señorita.—Carmen G. Munuce.

TRINI. (18 años.) Cuanto más pequeña mejor. Habla con perversa intención. Es hija de doña Gregoria.—Isabel Plaza.

DOÑA GREGORIA. Conocedora de vidas ajenas; su lengua es viperina.—Joaquina del Pino.

DOÑA CLETA. (45 años.) Profesora de piano. Tipo algo pueblerino; digna, correcta, algo tiesa y un poco redicha, sin exagerar.—Nieves Suarez.

VICENTA. (60 años.) Fué niñera de doña Cleta, gruñona y entremetida.—Juana Manso.

DON SATURIO PASALODOS. (45 años.) Soltero, bien conservado, simpático, rico propietario. Viste con elegante sencillez.—Alfredo Aláiz.

INOCENCIO CESPEDES. (25 años.) Teniente de Ingenieros. Un virtuoso de la Ciencia. Vive exclusivamente para ella y de tanto estudiar, está agobiado y enfermizo. Viste uniforme caqui, gorra de plato, leguis y espuelas, sin sable en el primer acto; en el segundo y tercero es capitán.—José G. Aguilar.

CASTAÑEDA. Asistente, andaluz, trapalón, decidor y desvergonzado. Viste uniforme de caqui con polainas de lo mismo y gorro de paño.—Francisco Alarcón.

DON PASCUAL. (50 años.) Esposo de doña Cleta. Tipo algo estrafalario y un tanto perturbado por los trabajos literarios a que se dedica. Pacienzudo y calmoso.—Pedro Sepúlveda.

BLAS SABIRÓN. (30 años.) Está en buena posición. Es soltero y se considera el guapo del pueblo, por lo bello. Habla con fatuidad y persuadido de que cuanto dice no tiene vuelta de hoja. Viste terno de americana, alfiler valioso en la corbata y sombrero flexible de moda. Procura tener maneras distinguidas y hablar erudito, pero se observa en él un ligero tinte de ordinariez que no ha de ser chulo.—JOSÉ CALLE.

FABRICIO. (25 años.) Hijo de un anticuario rico. Se exprea con corrección ligeramente afectada. Es simpático y de nobles sentimientos.—FRANCISCO PIERRÁ.

LEÓN. (40 años.) Organista. Tipo algo sacristanero. Socarrón.—ANTONIO ESTÉVEZ.

UN CRIADO.—GUILLERMO CALVO.

La acción en Berberona, supuesta y pequeña ciudad de Castilla la Nueva.—Epoca actual

---

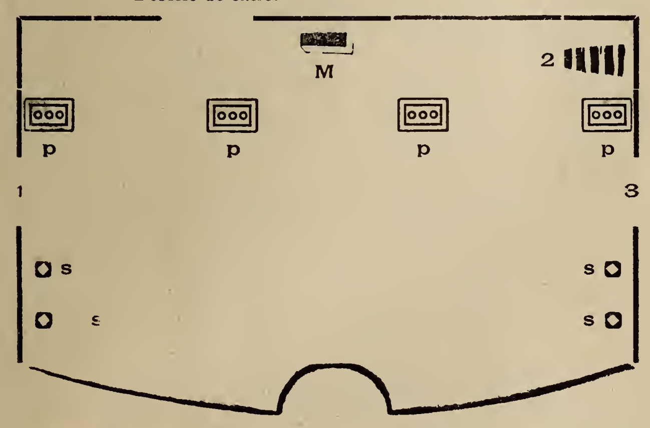
Indicaciones del lado del actor



ACTO PRIMERO

PLANTA DE LA DECORACIÓN

Forillo de calle.



1=Huerto.—2=Escalera.—8=Sala del piano.—p=Pilastras.—s=Sillas.
M=Escaño o sofá de paja.

Patio sencillo de paredes blancas; consta de planta baja y alta al frente e izquierda, y tapia a la derecha.

Al frente, planta baja. A la derecha, vestíbulo de entrada en cuyo fondo está la puerta de la calle. A la izquierda arranque de la escalera que conduce al piso alto.

Al frente, planta alta. Ventanales apaisados impracticables.

Lado izquierdo, planta baja: Puerta y ventano. La puerta practicable.

Lado izquierdo, planta alta: Como la del frente.

Lado derecho: Tapia con puerta que da a un huerto y jardín.

Asientos apropiados. Es una mañana de primeros de Mayo.

ESCENA PRIMERA

DON PASCUAL. Sale VICENTA de la izquierda con una mesa pequeña. Piano, dentro, izquierda

VIC Vaya: aquí tiene usté la mesa. (Aparte.) También es manía, trabajar en el patio, teniendo arriba su despacho. (Alto.) Tómeme usté la cuenta de la plaza.

PAS. (Sentado a la derecha.) ¿La cuenta de la plaza? Ya me has cortado la inspiración. ¡Paciencia!

VIC. ¿No me la quiere usté tomar?

PAS. Déjalo para mañana.

VIC. Ya van tres días que no me la toma usté.

PAS. (Siempre calmoso, sin descomponerse.) ¡Qué le vamos a hacer! ¡Con hoy serán cuatro!

VIC. Es que después... yo no hago memoria de lo que compré hace cuatro días.

PAS. Déjame en paz, Vicenta, déjame en paz.

VIC. (Aparte.) Vaya si me tomará la cuenta; en cuanti que se lo diga yo a la señora. (Vase izquierda. Cesa el piano.)

PAS. Me ha fastidiado esa buena mujer; había encontrado ya un consonante a lápiz, y se me fué. Consonante a *lápiz... lápiz... lápiz...*, ya está: tápiz; no, que es *tapiz.* Ya está: el buey Apis; no, que Apis es con ese. Nada; que no lo cazo.

ESCENA II

DON PASCUAL. De la izquierda, DOÑA CLETA. VICENTA sale de la izquierda y vase derecha

CLETA ¡Pascual!

PAS. Sé lo que me vas a decir: «deja de escribir y toma la cuenta a la Vicenta.»

CLETA Acertaste. (Se sienta.)

PAS. Oye: ¿te has fijado? *decir* y *escribir; cuenta* y *Vicenta.* Cuando versifico, hay consonante que el encontrarlo me cuesta una congestión cerebral; en cambio, cuando prosifico, los consonantes me salen a borbotones.

CLETA Siento en verdad que te devanes de ese modo la cabeza.

PAS. Lo exige mi dignidad de esposo; no puedo consentir por más tiempo que solamente tú, dando lecciones de piano, traigas ingresos a casa; además; desde la invención de los discos y de la pianola cada vez tenemos menos discípulas.

CLETA ¡El disco y la pianola! ¡No me los nombres! ¡Los asesinos del divino arte! Todo mecánico, sin alma, sin espiritualidad; conservan la música como se conservan las hortalizas en las fábricas de conservas.

PAS Exacto.

CLETA ¿Y crees que se venderá ese libro?

PAS. Así lo espero. Ya tiene título; un título atrayente y sugestivo; pero antes de que lo sepas voy a ponerte en antecedentes. En el año tercero de la Revolución se constituyó en Francia una especie de Senado compuesto de quinientos padres de la patria, y por eso se denominó «Consejo de los Quinientos». Pues bien, mi libro se titulará: «Los quinientos consejos del Consejo de los Quinientos».

CLETA ¿Vas a publicar quinientos consejos?

PAS. Ni uno más ni uno menos.

CLETA Tal vez excites la sonrisa de cuantos te conocen, al ver que quieres dar consejos a la Humanidad; dirán que eres un pretencioso; que crees tener talento excepcional.

PAS. Y dirán la verdad; me creo un talento.

CLETA Nunca te vi tan jactancioso.

PAS. Escucha. Hace poco, un médico de París, inventó un específico para aumentar el talento; se gastó un dineral en propaganda creyendo hacerse multimillonario, pero no consiguió vender un solo frasco. ¿Sabes por qué? Porque todo el mundo se cree tener talento de sobra, cuando en realidad no existe ni un solo hombre con talento.

CLETA No digas eso, Pascual; nuestro sobrino Inocencio, es un talento.

PAS. No lo creas.

CLETA Salió teniente con el número uno de la Academia de Guadalajara.

PAS. ¿Y qué importa que tenga talento matemático si le falta experiencia de la vida, y siendo como dices, un sabio, es víctima de los ignorantes que le engañan?

CLETA Porque es un joven inocente, lleno de buena fe.

PAS. Los que no somos sabios, desconfiamos de todo, hasta de nosotros mismos, y por eso procedemos de modo más práctico. Por ejemplo: hace tres días compraste un paraguas.

CLETA Sí; porque no teníamos y estaba lloviendo.

PAS. Muy mal hecho. Consejo ciento dieciocho. (Lee.)
«Al que compra paraguas cuando llueve,
valiendo sólo seis, le cobran nueve.»

CLETA En efecto; el mercachifle se aprovechó de la ocasión. Jamás pensé que discurrieras tan acertadamente. (Se levanta.)

PAS. No me faltan más que tres consejos para completar los quinientos. (Continúa escribiendo.)

CLETA (A la puerta del huerto.) ¡Vicenta!

ESCENA III

DON PASCUAL y DOÑA CLETA; de la derecha VICENTA

VIC. Mande usted.

CLETA (Aparte a Vicenta.) El señor, que te tome la cuenta ahora mismo. (Medio mutis.)

VIC. Si a usté le parece, dejaré abierta la puerta de la calle porque ya es hora que vaigan llegando las señoritas que aprenden solfa con usté

CLETA Me parece bien; pero ya sabes que no me agrada que digas «solfa» sino «música». (Vase izquierda. Vicenta abre la puerta de la calle.)

PAS. (Aparte.) *Lápiz... lápiz...* ¿Por qué dejas abierta la puerta?

VIC. Porque pum, pum, que llama una; pum, pum, que llama otra; es una gaita tanto ir y venir.

PAS Es tu obligación; conque haz el favor de cerrar.

VIC. La señora ha mandado que esté abierta.

PAS. Eso es otra cosa.

VIC. Tómeme usté la cuenta de la compra.

PAS. Luego... a la tarde.

VIC Tiene que ser ahora mismo.

PAS. Pero, Vicenta. ¿Quién manda en esta casa, tú o yo?

VIC. Ni usté ni yo, que quien manda es la señora.

PAS. Esa es una contestación un tanto impertinente.

VIC. Pero es la verdá; y diciendo la verdá, ni peco ni miento.

PAS. A mí, bien, pero a cualquiera otra persona, te expones a que te arranquen el moño.

VIC. Pal pelo que me queda, que me lo arranquen.

PAS. Bueno; vé diciendo. Compra de hace cuatro días.

VIC. De la carnicería... (No lo recuerda y procura hacer memoria mirando al cielo y tocándose los labios varias veces con el índice.) truje... truje... ¡Jesús, qué memoria la mía! truje...

PAS. ¿El qué?

VIC. (Tocándose los labios.) Esto, esto, esto...

PAS. ¿Morro?

VIC. No, señor. ¡Ah! ya me acuerdo: solomillo.

PAS. (Escribe.) Solomillo.

VIC. Medio kilo, cinco pesetas.

PAS. ¡Arrea! (Escribe.)

VIC. También he pagao la cuenta al panadero; por cierto que cada día trae los panes más pequeños.

PAS. Y acabará por no traer más que la cuenta.

VIC. Tiene usté más razón que un santo.

ESCENA IV

DICHOS. De la calle, PEPITA y FABRICIO

PEP. Buenos días.

PAS. Muy buenos, Pepita. (Se levanta.)

FAB. Felices, don Pascual.

PAS. Hola, parejita amarteladita.

PEP. ¿Hay alguna dando lección?

PAS. No; tú eres la primera.

PEP. (A Fabricio.) Espérame aquí.

FAB. Bueno.

VIC. (A Pepita.) Ya sabe usté que la señora no quiere que los novios de sus discípulas las esperen aquí.

PEP. Sí que lo sé, y por lo mismo que lo sé y usted sabe que lo sé, está demás que me lo recuerde.

VIC. Yo se lo digo porque si se entera la señora, vamos a tener un disgusto.

PEP. Eso es lo que a usted no le importa.

PAS. Bueno, bueno; la cosa no tiene importancia. Y tú, Vicenta, déjanos.

VIC. Hace usté bien en echarme. La culpa me tengo yo por salir a la defensa de la señora. (Vase al huerto.)

PAS. Dispénsenla ustedes.

FAB. Parece el ama de llaves de Lope de Vega. Siglo XVI.

FAB. No le extrañe, amigo Fabricio; tenga en cuenta que la Vicenta vió nacer a mi esposa.

PEP. Por eso es aquí la mandona.

VIC. (Sale.) ¿Yo la mandona? La mandona es usté, que es la que en la población ordena y manda lo que tienen que hacer todas sus amigas, y no hay más voz que la suya: «Esta tarde, todas a la estación.» «Mañana, todas a misa de una.» Y allá te van todas como borregas, porque lo ha dicho Pepita la del Juez.

PEP. Sí, señora; y aquí volverán a entrar los novios de todas en cuanto a mí se me antoje, o dejaremos de venir a dar lección.

PAS. Por Dios, que la cosa no tiene importancia.

PEP. ¡Doña Vicenta la mandona!

VIC. ¡Pepita, la mandarina!

FAB. (A Pepita.) Despréciala.

PAS. Pero, Vicenta: ¿Quiéres dejarnos?

VIC. Sí, señor. (Vase al huerto.)

PAS. (Justificando el entretenimiento de Vicenta.) Vió nacer a mi mujer...

FAB. Como es vieja y solterona, así que ve dos jóvenes que se quieren como Pepita y yo, se la llevan los demonios.

VIC. (Sale.) A usté sí que se lo llevarán los demonios.

FAB. ¿A mí?

PAS. ¿Quieres hacer el favor de dejarnos?

VIC. A usté, sí, y a su padre de usté, también; en cuanti que saben que en una iglesia u convento de por aquí hay un cuadro o una tela vieja, ya están allí como zorros, para comprarlo y mandarlo a Francia y ganarse buenos miles.

PEP. ¿Y qué?

FAB. Nuestra profesión, es honrada.
PAS. Están en su derecho, Vicenta.
VIC. Bueno que se lleven al extranjero telas y cacharros antiguos, pero no los santos que tenemos en España.
PEP. ¿Qué más da?
VIC. Sí que da más; porque los santos de España son españoles y no pué gustarles que les recen en una lengua que no entienden; y por eso, Fabricio y su padre, están condenaos y se los llevarán los demonios.
PEP. A usted, que los tiene metidos en el cuerpo.
FAB. Déjala; es un cerebro del siglo XIII.
PAS. Pero, señores; si la cosa no tiene importancia. (Se sienta.)

ESCENA V

DICHOS. De la izquierda DOÑA CLETA

CLETA ¿Qué pasa?
FAB. A los pies de usted, doña Cleta.
VIC. El novio de Pepita, que se emperra en esperarla aquí.
CLETA *Emperrarse*, derívase de *perro*; y Fabricio no es ningún *foxterriere*.
FAB. Muchas gracias.
CLETA Vete, Vicenta. (Vase Vicenta y queda escuchando en la puerta del huerto.)
FAB. Señora; soy el primero en obedecer sus órdenes muy gustoso, no solamente por el respeto que usted se merece como dueña de su domicilio, sino también por la consideración que todos los habitantes de esta histórica ciudad de Berberona debemos a tan ilustre profesora.
CLETA Es usted muy amable.
FAB. Si me permití franquear esa puerta, fué por dos motivos ajenos a Pepita: primero, saludar a ustedes en nombre de mi señor padre; segundo, invitar a ustedes, en nombre del mismo, a que nos honren viniendo a nuestra casa—que es la suya—para que admiren unos valiosos encajes de Alençón, siglo XVII, que mi señor padre ha comprado en Olías del Rey.
PEP. Unos encajes preciosos.

FAB. Antes de enviarlos a París, mi señor padre desea que los vean ustedes, que son personas inteligentes y saben apreciar el mérito artístico.

CLETA Iremos a verlos.

PEP. ¡Un traje de novia adornado con esos encajes... sería ideal!

PAS. Fabricio, ¿has oído lo que dice Pepita?

FAB Sí, ya veo de qué púlpito viene el sermón; y si los encajes fuesen míos, para el vestido de novia de Pepita serían; pero cualquiera se los saca a mi señor padre en menos de cinco mil pesetas.

CLETA ¿Tan buenos son?

PEP. Una divinidad.

FAB. Y no teniendo más que decir, con permiso de ustedes, me retiro.

CLETA Si quiere usted quedarse...

FAB. Lo agradezco, pero sería sentar jurisprudencia para que otros faltasen a lo dispuesto por usted. Muy buenos días.

VIC. (Sale.) ¡Lástima de encajes pa los franceses!

FAB. (A Vicenta.) Venga usted también a verlos; de paso verá una escoba, siglo XV, en la que volaban y salían por la chimenea las compañeras de usted. (Vase a la calle. Pepita y doña Cleta ocultan la risa.)

CLETA Vamos a dar la lección. (Vanse izquierda.)

PEP. Vamos. (Vase izquierda.)

ESCENA VI

DON PASCUAL y VICENTA. Después, de la calle, LEONA y LEÓN

VIC. Diga usted, señor. ¿Qué me ha querido decir Fabricio con eso de la escoba?

PAS. Nada; la cosa no tiene importancia.

VIC. Ya ve usté; unos encajes que puede que haigan sido de algún paño de altar; ahora los llevarán a París, y vete a saber qué clase de señora será la que se los ponga en el vestido.

PAS. Bueno, mujer; tampoco eso tiene importancia. Vé diciendo.

VIC. Manteca.

LEONA Felices, don Pascual.

PAS. Hola, Leona. (Se levanta.)

LEÓN (Trae papel de música.) *Salutem plúrimam.*

PAS Muy buenos, señor organista. Déjanos, Vicenta.

VIC. (Aparte.) Otra que se mete aquí con el novio. Lo que manda la señora, como si no. (Vase al huerto.)

LEONA Venimos de ver esos célebres encajes que ha encontrado el anticuario.

PAS. Ya me han hablado de ellos.

LEÓN Parecen tejidos por dedos de ángeles y serafines.

LEONA No le digo más sino que están tasados en seis mil pesetas.

PAS. Yo tenía entendido que en cinco mil.

LEONA No, señor; seis mil, y puede que me quede corta. ¡Y pensar que otra los lucirá! ¿Por qué razón tiene que haber esa desigualdad entre las personas?

LEÓN Por la misma razón que los tubos del órgano son diferentes; hagámoslos iguales, y adiós armonía, adiós divino arte; en vez de música tendríamos un ruído monótono e insoportable. ¿Todos los tubos iguales?, desaparece el órgano. ¿Todos los hombres iguales?, desaparece la Humanidad.

PAS. Muy bien dicho.

LEÓN Advierto a usted, don Pascual, que si entro hoy aquí es para entregar a la profesora esto que ha de cantarse en la fiesta de las Hijas de María.

LEONA Letra y música de León.

PAS. ¿No lo estaban ensayando ya las chicas?

LEÓN Sí, pero a la profesora no le pareció bien el Kirie eleison del final. Decía: (Cantando.)

«Lo pedimos *con concordia*
y *con consideración.*
Kíquiri, Kíquiri, Kí...
Kíquirieleisón...»

Y ahora dice: (Cantado y leído en el papel.)

Kiri, Kiri, Kiri, Kiri,
Kiri, Kirieleisón.»

¿Qué le parece?

PAS. Me gusta más que el kíquiriquí. ¿Cuando se casan ustedes?

LEÓN Leona desea que pronto.

LEONA — Lo mismo desea León. Ya estaríamos casados, pero el marido de mi mamá, o sea mi papastro, no quiere mientras no le den a León la plaza de organista de la iglesia mayor de aquí.

LEÓN — O lo que es lo mismo: cuando se muera don Matías, el organista actual. No es que yo le desee la muerte, pero no puede durar mucho porque está muy enfermo, de lo cual doy gracias a Dios, porque Leona y yo llevamos en relaciones desde que nacimos.

PAS. — ¡Caramba!

LEONA — León quiere decir que vinimos al mundo el uno para el otro.

PAS. — Creo lo mismo: hacen ustedes muy buena pareja.

LEONA — Ya ve usted, nacidos en la misma calle; yo frente a la casa de León y León frente a la mía.

PAS. — Naturalmente.

LEÓN — Y bautizados en la misma pila; pero no en la que bautizan a todo el mundo, sino en la pila de San Barsanufio, que tiene beneficio especial.

PAS. — ¿Y saben ustedes cómo se llaman, según el Diccionario, los bautizados en esa clase de pilas?

LOS DOS — No.

PAS. — Pilongos.

LEONA — ¿De modo que yo soy pilonga?

PAS. — Sí, señor.

LEONA — Por Dios, no lo diga usted a nadie, don Pascual; ya sabe usted cómo es la gente de aquí, y lo mismo que a Pepita la llaman La Mandarina, a mi me llamarían La Pilonga.

PAS. — Como al boticario, que porque es muy rubio y anda siempre muy deprisa, le llaman el precipitado amarillo.

LEONA — Que se calle usted eso de Pilonga.

PAS. — No tengas cuidado.

LEÓN — Vamos a entregar èsto. (Papel de música.)

LEONA — Hasta luego. (Vase izquierda.)

PAS. — Adios... (Aparte.) Pilonga.

LEÓN — Kiri, Kiri, Kiri, Kiri... Kirieleisón... (Vase izquierda.)

PAS. — Empieza el jubileo de las discípulas; me voy a mi cuarto. (Toma papeles y se dirige a la escalera.)

ESCENA VII

DON PASCUAL; de la calle, BENITA. Después DOÑA CLETA, PEPITA, LEÓN y LEONA de la izquierda.

BEN. Buenos días.
PAS. Muy buenos, Beni.
BEN. ¡Si viera usted qué encajes antiguos ha encontrado el padre de Fabricio!
PAS. Eso me han dicho.
BEN. ¡Siete mil pesetas!
PAS. (Aparte.) Crecen como el arroz ..
BEN. ¡Doña Cleta! (Junto a la izquierda.) Acabo de ver unos soldados de Ingenieros con dos caballos y seis mulas.
PAS. ¿Qué dices?
BEN. Lo que usted oye.
CLETA (Sale con Pepita, Leona y León) ¿Habrá llegado nuestro sobrino Inocencio?
BEN. No lo sé; lo que sí les aseguro es que las mulas van cargadas de banderolas y de cajas como las del año pasado, cuando estuvo aquí el sobrino de ustedes, y que en las cajas pone: «Brigada Topográfica».
PAS. Dudo que haya llegado nuestro sobrino.
CLETA Nos hubiera escrito avisándonos.

ESCENA VIII

DICHOS. DOÑA GREGORIA y TRINI entraron de la calle sin ser vistas y escucharon las últimas frases.

GREG. Pues no lo duden ustedes.
(Sorpresa de todos.)
PAS. ¡Doña Gregoria!
TRINI Ha llegado su sobrino.
CLETA ¿Están ustedes seguras?
GREG. Persona que yo veo una vez, la reconozco hasta en la obscuridad.
TRINI Y yo lo mismo.
CLETA Voy corriendo a preparale el cuarto. (Vase escalera.)
PEP. Entonces oíd. Por hoy queda suprimida la lección de piano.
PAS. Bueno, pues vayan con Dios.

PEP. No, no nos vamos; nos quedamos todas para ensayar eso que ha traído León.

BEN. Lo que tú dispongas.

LEONA Como quieras.

PEP. Y la Trini también.

GREG. No, señor; mi hija no tiene que recibir órdenes de nadie más que de su madre.

PEP. Yo no doy órdenes; propongo nada más.

GREG. Viene a ser lo mismo.

PEP. Permítame decirle que está usted muy equivocada.

PAS. Bien, bien; dan ustedes demasiada importancia a las cosas.

LEONA Yo voy a tocar en un bautizo. Queden con Dios (Vase a la calle.)

PEP. Vamos a ensayar nosotras.

GREG. (Aparie.) ¡La Mandarina!

PEP. (Aparte.) Doña Pécoral

(Pepita, Leona y Benita vanse izquserda.)

ESCENA IX

DON PASCUAL, DOÑA GREGORIA y TRINI

GREG. Por lo visto hay bulas para difuntos en eso de no permitir aquí la entrada de los novios de las discípulas.

PAS. León nada más, porque ha traído un papel de música.

TRINI Y Fabricio.

GREG. Le hemos visto entrar.

TRINI Y salir.

PAS. Trajo un recado de su padre.

TRINI Excusas.

GREG. Que aprendan de mi hija, que nunca viene acompañada del novio.

PAS. Porque no lo tiene.

GREG. Sí, señor, lo tiene; pero está en Madrid.

PAS Es igual.

GREG. Sería lo mismo si lo tuviese aquí.

TRINI Esas dicen que se quedan para ensayar, pero es para hablar con el sobrino de usted.

GREG. Lo que es esas, en viendo unos pantalones... ya se sabe.

PAS. No lo creo, porque todas tienen novio.

TRINI La Beni no tiene novio.

PAS. Tienes razón; por cierto que me extraña;

una chica tan linda y no hay joven que le diga una palabra.

GREG. Porque es muy buena.

TRINI Y muy formal; y cuando algún joven la mira, baja la vista.

GREG. Siempre ha sucedido lo mismo; sólo tienen novio las que se comen a los hombres con los ojos.

TRINI Las atrevidas.

PAS. ¿Solamente tienen novio las atrevidas?

TRINI Nada más.

PAS. Lo siento por ti, que con el de ahora van siete novios.

GREG. Mi hija es un caso aparte; ha tenido siete novios, pero ha sido porque a los seis anteriores no les he permitido lo que les permiten los padres de esas otras. Ya ve usted, no es por criticar, pero León se pasa el día en casa de Leona.

TRINI Y en zapatillas.

GREG. ¡En zapatillas!

TRINI Y ella le manda postre del suyo.

GREG. Y Fabricio se pasa la noche, hasta que Dios amanece, hablando con Pepita por la reja; y hace pocas noches metió la cabeza por entre los barrotes, y como tiene esas orejas, allí se quedó preso.

TRINI Y el padre de Pepita tuvo que ir a buscar a un herrero para que ensanchara los barrotes de la reja.

GREG. Esto no es criticar.

PAS. ¡Qué ha de ser, no, señora!

GREG. Pero es un escándalo.

PAS. Eso no tiene importancia.

GREG. ¿Que no tiene importancia? Ya se conoce que no es usted madre.

PAS. Ni lo permita Dios.

TRINI Don Pascual, no deje de ver unos encajes que ha comprado el padre de Fabricio.

PAS. Me han dicho que son preciosos.

GREG. ¿En cuánto creerá usted que están tasados?

PAS. En... ¿en ocho mil pesetas?

GREG. En nueve mil.

PAS. Me he quedado corto. (Aparte.)

TRINI No deje de verlos.

PAS. Bueno.

GREG. Adiós, don Pascual. (Vase, foro, con Trini.)

PAS. Vaya con Dios. (Vase escalera.)

(Dentro, izquierda, se oye piano y cantar a Pepita, Leona y Beni.)

«Le pedimos con concordia
y con consideración.
Kiri, kiri, kiri, kiri,
kiri, kirieleison.»

(Dos veces. La segunda, más bajo.)

ESCENA X

De la calle CASTAÑEDA. Trae maleta y largo rollo de papel. Después VICENTA del huerto

CAST. (Avanza despacio, deja la maleta en el suelo: desde el centro de la escena, con el rollo como si fuera un anteojo de larga vista, mira al huerto.) Un huerto con árb le frutale.. y unas peras y unos fresone que son una tentasión. (Por el piano y cántico que se oye.) ¡Y singanillo! (Mira por la puerta de la izquierda.) ¡Y niñas! ¡Ole! Esto va á ser un paradiso terrená. (Da dos palmadas.) ¡Patrona! ¡U patrón! ¡U lo que haiga en la casa!

VIC. ¿Qué se ofrece?

CAST. ¿Vive aquí *una tal* doña Cleta, que enseña sorfa?

VIC. Aquí vive; pero no es *una tal*, como usté dice, ni enseña solfa, sino música.

CAST. Uté perdone, agüela.

VIC. Agüela lo será la que tenga nietos, que yo no los tengo.

CAST. Güeno, pues uté perdone, niña.

VIC. Tampoco soy una niña.

CAST. Pue lo que uté quiera, y al avío. Aquí traigo la maleta de mi tiniente, que está emparentao con los señores de eta casa.

VIC. Ah, su teniente de usté, ¿es *un tal* Inocencio Céspedes?

CAST. Er mismo; pero tampoco es *un tal*, que es una persona de mucho mérito.

VIC. Usté dispense.

CAST. Estamos pata.

VIC. (En la escalera.) ¡Señora! Aquí está el asistente de su sobrino.

CAST. A ver dónde está la criada joven pa que me acompañe al cuarto de mi tiniente

Vic. Aquí no hay más criada que yo.
Cast. ¿Nada má que uté?
Vic. Na más.
Cast. ¿Y no hay ninguna criada joven?
Vic. A la señora no le gustan las criadas jóvenes.
Cast. ¿Y al señor?
Vic. Tampoco.
Cast. Pos tienen mu mal gusto etos señores. A mí me revientan las criadas viejas.
Vic. Es usté muy descarao.
Cast. Má de lo que uté se figura.

ESCENA XI

DICHOS. Por la escalera DON PASCUAL, de la izquierda PEPITA LEONA y BENITA

Pas. ¿Es usted el asistente de mi sobrino?
Cast. Sí, señó: Andrés Castañeda, pa servir a uté.
Pas. ¿Cuándo salieron ustedes de Madrid?
Cast. Hace má de un mes; hemo etao levantando plano en Illescas, en Toledo, en Olías del Rey... ¡qué sé yo!, y ahora venimo por estos alrededore. ¿Dónde va a trabajar mi amo?
Pas. Aquí es muy buen sitio.
Cast. (A Vicenta.) ¿Hase uté el favor de cuatro piedras pa sujetá este papel?
(Vicenta va al huerto y vuelve con cuatro piedras.)
Pep. ¿Estarán aquí mucho tiempo?
Cast. Veremo a vé.
Pas. ¿Y cómo sigue de salud mi sobrino?
Cast. Aplanuti.
Pas. ¿Se encuentra peor?
Cast. Como siempre; ya ve uté, con tanto estudiar y tanto calcular... tié la sangre envenená por los números... Yo ya se lo digo: «Mi tiniente, que trabaja uté demasiao; que etá uté perdiendo la salú; pero él, na, enfangao con las matemáticas.
Pas. Es un virtuoso de la Ciencia. (A ellas.)
Pep. ¡Pobrecillo!
Pas. ¿Tiene novia?
Cast. No, señó; ni ha tenío novia ni la tiene. (Con las piedras que trae Vicenta sujeta el plano que extendió.)

PAS. Eso es lo que le hace falta: una novia para distraerle de tanto cálculo, y que no se nos muera.

CAST. Mú chafao está; tan chafao, que tiene veinticinco años... uté vendrá a tener...

PAS. Cincuenta.

CAST. Pues va a llegar a los sesenta antes que uté.

PAS. Hombre, antes que yo no puede ser.

CAST. Quiero desir de aspeto físico.

PEP. Sabiendo tanto, cobrará un buen sueldo...

CAST. Ná, poco má que un peón caminero; ya ve uté: antes de venir al servisio, yo era picaor de novillos-toros en la cuadrilla der Pinchauvas Chico y ganaba cuatro vese má que mi tiniente.

PEP. Hemos oído decir que escribe muy bien.

CAST. ¡Que si escribe! A mi tiniente le corta uté un braso, y es don Miguel de Servantes; le pone uté faldas y un manguito, y es doña Emilio Pardo Basán. Pues no digo na lo que sabe de Química; miren ustés; ar prinsipio que prensipió la guerra entre la Alemania y los aliaos, inventó una bomba llena de un humo que donde caía dejaba dormío a to un ejérsito.

PEP. ¿Y dió resultado?

CAST. Manífico. Hiso la primera esperensia consigo mismo, y cómo quedaría de adormilao, que cuando despertó ya se había firmao el armistisio.

PAS. Ya es dormir.

CAST. Ahora le ha metío mano a otro invento.

PAS. ¿Qué es?

CAST. Casas de goma pa campaña Una casa pa veinte hombres, se plega y se mete en esa maleta: se llega ar campo, se sopla, se infla, y ya está la casa.

PAS. Hombre, ¿se quiere usted ir a paseo?

CAST. Ahora no pué ser, que tengo que llevar la maleta al cuarto de mi tiniente.

PAS. Acompáñale, Vicenta. ¿Han visto ustedes qué tío más embustero? (Vase escalera.)

VIC. Venga usté conmigo.

CAST. (Aparte.) ¡Con la vieja! ¡Mardita sea la hora que allegamo a eta poblasión! (Vase con Vicenta, por escalera.)

ESCENA XII

PEPITA, LEONA y BENITA; de la calle TRINI

TRINI Por fin he convencido a mamá para que me dejara venir a ensayar con vosotras.

PEP. Me alegro, porque yo creo que debemos hacer una cosa.

LAS TRES ¿El qué?

PEP. Hacer un obsequio a nuestra profesora, con motivo de la llegada de su sobrino; obsequio que puede consistir en ofrecer al sobrino un ramo de flores en nombre de las discípulas de su tía.

TODAS Muy bien.

PEP. Claro que no he de ser yo la encargada de ofrecérselo, porque Fabricio es muy celoso.

LEONA Ni yo tampoco, ¡bueno se pondría León!

TRINI Pues yo menos; me costaría reñir con Cipriano.

BEN. Ah, pero, ¿es que tengo que ser yo precisamente?

TRINI Tú no tienes novio que se incomode.

BEN. Me va a dar mucha vergüenza.

PEP. Pero si no eres tú sola quien se lo ofrece, sino todas nosotras.

BEN. Vaya, que no me atrevo

PEP. Ya está; en vez del ramo, se le esparcen unas flores sobre ese plano que está dibujando.

LAS OTRAS Eso es. Muy bien.

LEONA Que vaya la Beni a cortar las flores.

BEN. ¿Y por qué he de ser yo?

PEP. Tiene razón; ¿por qué ha de ser ella? Vamos a echarlo a la suerte.

ESCENA XIII

Las MISMAS. Por la escalera VICENTA

PEP. Venga usted, Vicenta.

VIC. ¿Qué hay?

PEP. Nombre usted a una de nosotras.

VIC. ¿Pa qué?

PEP. Nombre usted a una.

VIC. La Trini.
PEP. Bueno, pues tú no vas. (Separa a Trini del grupo.) Nombre a otra.
VIC. La Leona.
PEP. Pues tú tampoco vas. (La separa.) Nombre a una de nosotras dos.
VIC. La Beni.
PEP. Pues, ya lo sabes; a tí te ha tocado el ir por las flores.
BEN. Bien, pero, que no se sepa que he sido yo.
PEP. Vé tranquila.
BEN. Es que cuidadito... (Vase al huerto.)
PEP. No vengas hasta que te llamemos.
VIC. (Aparte.) Algo traman éstas. (Vase huerto.)

ESCENA XIV

PEPITA, LEONA y TRINI. CASTAÑEDA escucha desde la escalera

PEP. Ya habréis comprendido de lo que se trata.
TRINI De buscarle novio a Beni.
LEONA De ponerla en relaciones con el tenientillo.
PEP. Eso es.
TRINI Me alegro, me alegro, me alegro; pobre Beni, tan buena como es.
PEP. Y tan formal.
LEONA Y tan juiciosa.
PEP. Lo que vamos a hacer debía figurar entre las obras de misericordia: «Buscarle novio a la que lo ha de menester.»
TRINI Cuenta conmigo.
LEONA Y conmigo.
CAST. ¡Y con mangue!
LAS TRES ¡Ah!
CAST. (Trae estuche de matemáticas, regla y escuadras, que deja sobre la mesa.) No hay que asustarse, señoritas; aqui hay un ayudante a las órdenes pa buscarle novia a mi tiniente. Esa é la medisina que le hase farta pa que se deje de tanto número y no se muera de un atracón de matemáticas. Y ligerito, que he visto venir a mi tiniente con un señor.
PEP. ¿Usted guardará el secreto?
CAST. Soy un pozo *artesano*, pero corriendo, que ya viene.
TRINI Viene con Sabirón (Mirando a la calle.)
CAST. ¿Sabirón? ¿Quién es Sabirón?

LEONA El filósofo de la localidad.
PEP. Venid conmigo. (Las tres vanse izquierda.)

ESCENA XV

CASTAÑEDA afila unos lápices. De la calle, INOCENCIO y BLAS SABIRON. Luego CLETA y PASCUAL por la escalera

INOC. Siento que se haya usted molestado en acompañarme.
BLAS La obligación: es usté forastero.
INOC. (Se sienta con muestras de cansancio.) Castañeda, avisa a mis tíos.
CAST. Voy.
BLAS Quieto (Al pie de la escalera.) Don Pascual, su sobrino
INOC (A Castañeda.) Hazme tinta china.
CAST. Aqui le he puesto a uté er *cloquis*. (Toma el platillo, que también trajo, vase a la huerta y vuelve con agua en el platillo y hace tinta china.)
INOC. Está bien.
CLETA ¡Inocencio!
INOC. ¡Querida tía! (Se levanta.)
PAS ¿Dónde está?
CLETA Aquí le tienes.
PAS. ¡Hola, cartujo! (Al ver los abrazos. Aparte.) La familia.
BLAS (Al ver los abrazos, aparte a Pascual) La familia.
CLETA ¿Qué hay, amigo Blas?
BLAS Ya ve usted: La que se dice.
INOC. El señor ha sido tan amable que, sin tener el gusto de conocerle, se ha puesto a mi disposición (Se sienta.)
PAS. Muy bien.
BLAS El buen nombre de mi ciudad natal.
CLETA ¿Vendrás muy cansado?
INOC. Mucho: nos hemos levantado de madrugada; luego treinta y cinco kilómetros a caballo. Calculen ustedes.
PAS. Hasta la hora de comer puedes dormir...
INOC. No podría. Presiento que ayer nos equivocamos en la medición de un ángulo, y no como ni duermo sin comprobarlo. (A Castañeda.) Bájame la tabla de logaritmos.
BLAS. La ciencia... (A don Pascual.)
(Castañeda vase escalera y vuelve con un libro encuadernado; de unos veinticinco centímetros por veinte.)

CLETA — Te acostarás después de comer.

INOC. — Tampoco. Esta tarde la dedicaré a visitar el antiguo palacio de los duques de Fuende-Castro, para estudiar su arquitectura gótica.

BLAS — El arte... (A don Pascual.)

INOC. — Quiero publicar una memoria acerca de ella.

BLAS — La literatura... (A don Pascual.)

INOC. — Apropósito de literatura: este señor me ha dicho que está usted escribiendo un libro de consejos a la Humanidad.

PAS. — Así es.

INOC. — Pero, ¿qué estudios tiene usted hechos para dar consejos al prójimo?

PAS. — Ninguno: precisamente por eso, puedo dar consejos; porque no estoy embrutecido por el estudio.

INOC. — ¡Qué dice usted!

PAS. — Prueba al canto: ¿Cómo te las compondrías tú para saber cual es el sitio más fresco de esta casa?

INOC. — Muy sencillo. ¿Cuántas habitaciones tiene esta casa?

PAS. — Catorce.

INOC. — Mandaría a buscar a Madrid catorce termómetros; pondría uno en cada habitación, y donde la columna termométrica quedase más baja, aquel sería el sitio más fresco.

PAS. — Pues yo lo resuelvo sin aparatos. (Lee.) «Consejo número 247:

«Donde el tiempo, en verano, el gato pasa,
es el sitio más fresco de la casa;
y el paseo mejor, donde se vea
que algún grupo de curas se pasea.
Los seres más sensatos
siempre han sido los curas y los gatos.»

INOC. — Es verdad...

BLAS — La observación... (A don Pascual.)

CLETA — Voy a acabar de arreglarte el cuarto. (Vase escalera.)

PAS. — Y yo a prepararte aquel postre que tanto te gusta.

INOC. — Muchas gracias. (Le acompaña hasta el pie de la escalera.)

PAS. — Consejo número 125: «Despacio la escalera subirás,—y arriba descansado llegarás. (Vase.)

INOC. — (A Sabirón, que está mirando el plano.) ¿Entiende usted de eso?

BLAS No, señor; pero si hubiese querido entender, entendería tanto como el que más. El hombre consigue todo lo que se propone.

INOC. ¿Cree usted? (Se sienta.)

BLAS De mí sé decir que se me antojó ser el campeón de mús y la primera escopeta de Castilla la Nueva, y lo he conseguido; y eso que no tengo estudios; pues lo mismo en cualquier otro orden de cosas: si me hubiese propuesto inventar la telegrafía sin hilos, a Marconi se la gano yo por la mano. Yo no desciendo de militares, pero, póngame usted aquí (En la manga.) unos entorchaos, y ¿de dónde se va a acabar la raza de los Prines y de los Gonzáleces de Córdoba?

CAST. (Aparte.) Este tío está inflao. (Sigue haciendo tinta.)

BLAS Pero no me ha hecho falta nada de eso porque soy de los primeros contribuyentes de Berberona, o lo que es lo mismo: tengo un cubierto en el banquete de la Humanidad. ¿No le parece a usted?

CAST. (A Inocencio que está distraído consultando el plano y un cuaderno que trajo en la mano) Mi tiniente: que le hablan a uté de un banquete.

INOC. Ah, sí; usted perdone; me tiene esto tan preocupado... ¿Decía usted?

BLAS Decía que sin dinero no se puede adquirir nada.

INOC. Sí, señor: se pueden adquirir deudas.

CAST. (Aparte.) Chúpate esa.

BLAS La ironía...

INOC. No, no es ironía.

BLAS Condensando. Quede con Dios. Blas Sabirón, a su disposición a todas horas porque yo—si se me permite la frase—soy libre como la golondrina en el aire; quiere decirse que soy soltero; porque yo, para casarme, necesito encontrar una mujer que me desprecie; porque eso de que le digan a uno «que sí» nada más llegar, es como si usted pone sitio a una fortaleza defendida por nadie.

INOC. Poner sitio a una fortaleza desguarnecida, sería una necedad.

BLAS Es un símil... (Medio mutis.)

INOC. Vaya usted con Dios. (Le acompaña.)

BLAS (Para que no le acompañe.) Quieto.

INOC. Si no es molestia ..

BLAS (Señalando a la mesa.) La ciencia...
INOC. Pero si no...
BLAS (Como antes.) La topografía... (Vase a la calle.)

ESCENA XVI

CASTAÑEDA, INOCENCIO. En seguida, de la izquierda, PEPITA, LEONA y TRINI.

INOC. (Mira al cuaderno.) «Angulo de treinta y cinco grados, catorce minutos y tres segundos.» No puede ser; nos hemos equivocado al tomar este ángulo...
CAST. Sí, nos hemos equivocado.
PEP. Vámonos, chicas. (Haciéndose la sorprendida.) ¡Ah!
INOC. (Calculando; rebusca en la tabla de logaritmos.) «Coseno de treinta y cinco grados...»
CAST. Las discípulas de su tía de usté...
INOC. (Aparte. Contrariado deja las tablas con alguna violencia.) ¡No puede ser!
CAST. Que sí, mi tiniente.
INOC. ¿El qué?
CAST. Místelas.
INOC. Ah; ustedes perdonen. (Se levanta.)
PEP. Bien venido.
INOC. (Alternativamente a ellas y al plano.) Muchas gracias.
(Pequeña pausa.)
PEP. Doña Cleta nos presentó a usted el año pasado.
INOC. ¿Sí? (Aparte.) Coseno de treinta y cinco...
TRINI Ya no se acuerda.
INOC. Sí... me acuerdo. De lo que no me acuerdo es de los nombres de ustedes.
PEP. Trini, Leona y yo, Pepita. ¿A que no se le ha olvidado el nombre de otra?
INOC. ¿De cuál?
TRINI De Beni.
INOC. ¿De.. Beni?
PEP. No se haga usted el inocente; allí la tiene usted.
INOC. (Se levanta y va a la puerta del huerto.) ¿Aquella que está cogiendo flores?
TRINI La misma.
INOC. Me parece recordar que también me la presentaron el año pasado.

PEP. Ella se acuerda mucho de usted.

INOC. Me extraña, porque sólo crucé con ella cuatro palabras...

PEP. ¿Y eso qué importa?

CAST. (Que también ha mirado al huerto.) Esa señorita es la que, cuando yo venía para acá, me paró en metá la calle y me dijo, dise: «Digasté, melitar, ¿viene con utedes un tiniente que se llama Inosensio Séspedes?» Y al contestarle que sí, la entró una alegría que salió sartando como una cabra montesa.

LEONA Así vino ella de contenta cuando trajo la noticia de la llegada de usted.

INOC. No me lo explico... (Se sienta.)

PEP. Y se ha empeñado en sembrarle de flores el plano que está dibujando usted.

INOC. ¿En sembrarme de flores este croquis?

PEP. Pero nos ha suplicado que digamos que eso de las flores es cosa de todas las discípulas de doña Cleta.

INOC. Bien, bien. (Aparte.) Coseno de treinta y cinco ..

CAST. (Aparte.) Na: emperrao con el cacaseno.

TRINI (Muy cerca de Inocencio.) La Beni no tiene novio.

PEP. (Fingiendo incomodarse.) ¿Y a ti qué te importa? Si no tiene novio es porque no ha querido; ya sabes que ha rechazado muy buenas proporciones con la esperanza de que volviera a esta población... quien todas sabemos.

TRINI Cállate, habladora.

LEONA (A Pepita.) Vaya, tú también. ¡Qué manera de guardar el secreto que Beni nos ha confiado!

TRINI Y precisamente delante del teniente Céspedes.

CAST. (Aparte.) ¡Josú, lo que saben estas niñas!... (Deja el platillo y vase por la escalera.)

INOC. Voy sospechando que el secreto ese pueden ustedes confiarlo a todo el mundo menos a mí. (Se levanta.)

TRINI (A Pepita.) ¿Lo ves? Ya lo ha comprendido.

PEP. ¿Quién se lo había de figurar? Pero, amigo mío, razón tiene su tía al pregonar que es usted un talento.

INOC. Nada de eso; el problema que acaba usted de enunciar es una sencilla ecuación de primer grado cuya incógnita salta a la vista; equis igual: Teniente Céspedes.

PEP. ¡Cuánto lo siento! Esto me va a costar un disgusto con Beni.

INOC. Pierda usted cuidado, que nada sabrá por mí.

ESCENA XVII

El mismo con las mismas. CASTAÑEDA, por la escalera. Luego BENITA, del huerto, con un trébol de cuatro hojas

CAST. Mi tiniente: su tía que haga usté er favor de subir un momento.

INOC. Con permiso. (Vase escalera. Ellas le acompañan. Saludos.)

LEONA Se lo ha creído.

PEP. (A la puerta del huerto.) ¡Pst! Ya viene.

CAST. Ustede, allá. (Al otro lado de la escena.) Yo, de peón de confianza, pa meter er capote cuando haga farta.

BEN. (Sin flores.) ¿Qué quieres?

PEP. Arriba está el sobrino de doña Cleta; no ha hecho más que vernos y preguntarnos por ti.

BEN. ¿Por mí?

PEP. Que si estabas en la población, que si seguías viviendo en la Plaza Mayor, que si continuabas soltera, que si tenías novio, y al asegurarle que no, tenías que haber visto la cara de alegría que ha puesto.

LEONA Loco de alegría.

TRINI Loco.

BEN. Es extraño, porque el año pasado no hicimos más que saludarnos una vez.

PEP. ¿Qué quieres? Un caso de simpatía fulminante; lo bastante para conservarte en el pensamiento.

BEN. Me cuesta el creerlo...

PEP. Espera. Asistente.

CAST. Mande, señorita.

PEP. ¿Su teniente ha venido a Berberona porque le correspondía o pidió venir por otro?

CAST. Pidió venir voluntario, porque a quien le correspondía era al teniente Niveletas.

BEN. Habrá sido para ver a sus tíos.

CAST. Esa fué la excusa que él dió; pero sus papás san quedao mu preocupaos...

PEP. ¿Por qué?

CAST. Porque dende que nasió no le habían oído cantar enjamá, pero dende hase un año que

estuvo aquí, se pasa to er día cantando: Beni, Beni, ven.

PEP. ¿Beni ven?

CAST. Eso. Los papás de mi tiniente no saben matemáticas, pero se les ha metío en la cabesa que esa cansión e una frómula y esa frómula tié su incónita... y... y no digo más... con premiso. (Vase escalera, canturreando.) Beni, Beni, ven..

PEP. Que Inocencio ha vuelto por tí, ya no tendrás duda

TRINI Eso es cariño.

LEONA Eso es amor.

BEN. Voy creyendo que sí, que me ama.

PEP. Ya ves: Beni, ven; un año llamándote.

BEN. Y además, acabo de encontrar este trébol de cuatro hojas.

TRINI Eso sí que es suerte.

PEP. Nada, que te casas con el teniente.

BEN. ¡Voy por las flores! (Vase al huerto.)

LEONA Es una infeliz.

TRINI Como Inocencio.

PEP. Venid conmigo. (Vanse a la calle.)

ESCENA XVIII

BENITA, del huerto, con flores. Déspués, INOCENCIO por la escalera

BEN. (Deja el manojo de flores sobre la mesa y las va disponiendo una a una sobre el plano.) Me ama, ya no me cabe duda... ¡Estoy más contenta!... ¡Un chico tan bueno! Y como es un sabio, según dicen, con palabra fácil me dirá cosas muy bonitas cuando se me declare.

INOC (Ve a Benita poniendo las flores.) ¡Poniéndome flores en el croquis!.. ¡Y es muy hermosa! Pero no sé cómo hablarle de amor .. Esto de declararme, es la primera vez .. y me resulta más difícil que examinarme de fin de curso... (Alto.) Señorita...

BEN. ¡Ah, es usted!...

INOC. Mi modesto trabajo no merece el honor que usted le hace.

(Pepita, Leona y Trini, atisban desde la calle.)

BEN. Pongo estas flores... en nombre de todas las discípulas de su tía.

INOC. Pero yo no se lo agradezco más que a usted.

BEN. El caso es que... habrá que recogerlas para que usted continúe su trabajo.

INOC. Por eso, no; sino porque quiero ponerlas en agua y subirlas a mi cuarto.

BEN. Pues vamos a recogerlas .. ¡Ay!

INOC. ¿Qué pasa?

BEN. He manchado el plano con tinta china. Perdone mi torpeza.

INOC. No le importe, de todos modos hubiera tenido que volverlo a dibujar, porque hemos sufrido una equivocación en un triángulo. Por una cosa o por otra son pocos los cróquis de campo que no dibujo dos o tres veces. Para todo tengo yo muy mala suerte.

BEN. ¿Es usted desgraciado?

INOC. Como no puede usted imaginarse.

BEN. Vaya, pues tome usted: se lo regalo.

INOC. ¿Qué es?

(Castañeda bajó por la escalera; se coloca detrás de la pilastra del centro; mientras atisba cepilla una prenda de vestir. Vicenta atisba desde la puerta del huerto.)

BEN. Un trébol de cuatro hojas; esto trae suerte.

INOC. No lo crea usted. Caso práctico: Yo estaba en esa creencia cuando en Madrid, paseando por los jardines del Retiro, allá dentro de un macizo de flores, me pareció ver, nada menos, que una mata de trébol como ese. Me metí en el macizo, y en efecto, no me había engañado.

(Cleta y don Pascual atisban desde la escalera.)

BEN. ¡Una mata de trébol de cuatro hojas! ¡Eso sí que es suerte!

INOC. Mucha; no hice más que arrancarla y un guarda de los jardines me sacó la multa.

BEN. Entonces... no me atrevo a ofrecerle este.

INOC. Yo lo acepto porque ese es un caso particular, y tal vez haga mi felicidad. (Al ir a tomar Inocencio el trébol se le cae a Castañeda el cepillo. Al ruido se esconden las cabezas de los siete personajes que atisban. Inocencio detiene el tomar el trébol.)

INOC. } BEN. } (Se vuelven) ¡Eh!

BEN. No hay nadie.

INOC. Estamos solos.

CAST. (Aparte) Completamente solos.

(Asoman las siete cabezas.)

BEN. Tome usted y quede con Dios. (Entrega el trébol.)

INOC. ¿Se marcha usted ya?

BEN. Le estoy entreteniendo y sé que quiere usted trabajar.

INOC. No, Beni, no; yo no he venido a resolver fórmulas trigonométricas, sino porque me siento atraído por una señorita de esta población...

BEN. ¿Atraído?

INOC. Con una fuerza irresistible. Tal vez... esa fuerza de atracción sea eso que se llama amor.

BEN. ¿Y usted no lo sabe?

INOC. No sé; para mí el amor... es la misma fuerza de atracción que existe entre los minerales: la afinidad química que en lo humano se llama amor. Y el matrimonio viene a ser una combinación química: el hombre, el oxígeno y la mujer, el carbono.

CAST. Y la suegra, el azufre. (Aparte.)

BEN. ¿De modo que usted ama científicamente?...

INOC. Lo que sí le aseguro es que hace un año llevo a esa señorita en el pensamiento; que la veo en el espacio... y se me aparece en sueños. Anoche mismo soñé que me declaraba a ella.

BEN. ¿Y yo qué contesté? (Lo ha dicho rápido e ingenuo; arrepentida exclama.) ¡Ay!

INOC. De lo que usted me contestó no me acuerdo, pero puede repetírmelo...

BEN. Si yo no sé lo que usted me preguntó..

INOC. Adivínelo; fíjese en que nuestras almas, antes paralelas, ahora son convergentes.. se encuentran..

BEN. No le entiendo.

INOC. Que hace un año que siento por usted esa afinidad que se llama amor. Y usted, Beni, ¿me esperaba?

BEN. Sí, le esperaba, y me he pasado todo el año pensando: Volverá, volverá porque se ha llevado mi corazón..

INOC. ¿Me amas, Beni?

BEN. ¡Con toda mi alma, Inocencio!

CAST. (Aparte.) ¡Ahora sí que se han acabao las matemáticas!

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Ha pasado casi un mes. Es la mañana del treinta de mayo.

ESCENA PRIMERA

En la puerta de la calle suenan dos aldabonazos. VICENTA viene del huerto, va a abrir y deja la puerta abierta. Entran DOÑA GREGORIA y TRINI

GREG. Buenos días.

VIC. Pasen ustedes.

GREG. ¿Hay alguna dando lección?

VIC. Ninguna: su hija es hoy la primera.

GREG. Pues anda, y despacha pronto. (A Trini.)

TRINI No tengo ganas de dar lección...

GREG. ¿Por qué?

TRINI Por lo que me dice Cipriano en la carta de hoy.

GREG. Tonterías de enamorados.

TRINI ¡Sí, sí, tonterías! ¡No son malas tonterías!

GREG. Anda, anda a dar lección; mientras tanto me llegaré a misa. (Medio mutis a la calle.) Luego vendré a buscarte.

TRINI (Entró en la izquierda. Sale y dice:) ¿Y doña Cleta?

VIC. Ha salido.

GREG. Podía usted haberlo dicho antes.

VIC. Podía usted haberlo preguntado, que yo no voy a contestar sin que me pregunten; pero asiéntensen ustedes, que ha dicho que volverá pronto.

GREG. ¿Ha salido sola?

VIC. No, señora; conmigo.

GREG. ¿Con usted?

TRINI Se está burlando.

VIC. Yo no me burlo. He salido con doña Cleta; lo que tiene es que yo he vuelto antes que ella. Todo hay que explicarlo.

GREG. ¿Y se puede saber dónde ha ido?

VIC. Ya lo creo que se puede saber: en cuanti que vuelva, no tié usté más que preguntárselo a ella.

TRINI De seguro que ha ido a casa de Beni a ver los regalos de boda

GREG. ¿Usted ha visto los regalos?

VIC. Sí, señora.

GREG. Cuéntenos, cuéntenos...

VIC. Ahora no estoy pa cuentos, que estoy lavando lo menudo.

GREG. Bueno, bueno; vaya usted... a lavar.

VIC. (Aparte.) ¡Doña Pécora! (Vase al huerto.)

ESCENA II

DOÑA GREGORIA y TRINI

TRINI (Compungida.) ¡Beni se casa!

GREG. ¿Y qué tenemos con eso? También te casarás tú.

TRINI ¡Después que ella!

GREG. ¿Qué más da?

TRINI Y puede que no me case.

GREG. Ya lo creo que te casarás: Cipriano está enamoradísimo de ti.

TRINI ¡Sí, sí, enamoradísimo! ¡Tú no sabes lo que me dice en la carta de hoy!

GREG. ¿Cómo lo voy a saber, si no me lo dices?

TRINI Oye: (Lee.) «Por ti soy capaz de los mayores sacrificios, hasta de perder, no digo una vida, sino cien vidas que yo tuviese...»

GREG. No puedes pedir más...

TRINI «El próximo domingo iré a verte...

GREG. Ya ves; vendrá a verte.

TRINI ...Iré a verte... si no llueve o hace mucho calor.»

GREG. ¿Eso dice?

TRINI Con todas sus letras. ¿Qué puedo esperar de él, cuando no es capaz de mojarse ni de sudar por mí?

GREG. ¡Es un títere!
TRINI Comprenderás que entre Cipriano y yo todo ha concluído. (Se retira y se sienta en una silla, izquierda)
GREG. ¡Y van siete!

ESCENA III

LAS MISMAS. De la calle LEÓN y LEONA

LEONA Buenos días.
LEÓN *Deo gratias.*
GREG. La profesora no está. Habrá ido a ver los regalos de boda de Beni. ¿Los has visto?
LEONA No, ni quiero.
LEÓN Yo tampoco los he visto, pero se dice, *coram pópulo*, que son estupefacientes.
LEONA ¿Qué le pasa a la Trini?
GREG. Que ha tenido carta del novio.
LEÓN ¿Han chafado?
TRINI Para siempre.
LEONA No te aflijas, y aprende de León y de mí a tener paciencia; ya ves, no podemos casarnos mientras no se muera don Matías el organista.
LEÓN Y nos acaba de decir el médico que está para vivir veinte años más.
LEONA Todas no vamos a tener la suerte de Beni.
TRINI Ya, ya; casarse al mes de ponerse en relaciones.
LEONA Todas creíamos que Inocencio era un tenientillo de nada y... ahí tienes.
GREG. Sí, sí, de nada; a la semana de estar en relaciones, me lo ascienden a Capitán.
LEONA ¡Buen capitán te dé Dios! Y por los trabajos en la Brigada Topográfica le han largado una cruz pensionada con la diferencia de sueldo hasta comandante.
GREG. Y por si eso era poco, ayer nos dijo doña Cleta que su padrino de pila me lo ha dotado en veinte mil duros, ¡en pasta!
LEÓN *Item*: Los Duques, al enterarse de la memoria escrita por Inocencio, le han encargado de la restauración del palacio, y esto ha de valerle un dineral y mucho nombre.
TRINI ¡Qué te parece!
LEÓN *Item*: La boda se celebrará en la capilla del

palacio ducal, y los Duques ceden su magnífico automóvil para conducir a la novia.

GREG. ¡Pues, hija, eche usted!

LEONA No puede ser.

LEÓN Me consta, porque el mismo mayordomo de los Duques me lo ha dicho, al encargarme que toque yo la marcha nupcial de *Lohengrín* durante la ceremonia.

LEONA ¿Tú?

LEÓN *Ego.*

LEONA Pues... la verdad... no me hace maldita la gracia.

LEÓN ¿Acaso sientes que la melodía del órgano acaricie a los felices contrayentes?

LEONA Pero, ¿qué te has creído, que me va a dar frío ni calor el que se casen con música? Por mí, que les traigan la orquesta del teatro Real de Madrid. Pero yo no pienso asistir a esa ceremonia aunque Beni me lo pida de rodillas.

TRINI Yo tampoco.

LEONA Y no asistiendo yo, creo que estás en el caso de darme una prueba de fidelidad haciendo tú lo mismo.

LEÓN El caso es que..: ya le he dado mi palabra al mayordomo.

LEONA Se la retiras y en paz.

ESCENA IV

DICHOS. De la calle PEPITA

PEP. (Muy nerviosa.) Muy buenos días.

GREG. Hola, Pepita.

PEP. ¿Quién está dando lección?

LEONA Nadie; doña Cleta ha ido a ver los regalos de boda de Beni.

PEP. ¡Dichosos y bienaventurados regalos!

TRINI ¿Los has visto?

PEP. Ayer tarde... (Muy excitada.) ¡Ojalá que no los hubiese visto!

LEÓN *¿Quare causam?*

GREG. Cuenta, chica, cuenta.

LEONA No serán tan buenos como dicen.

PEP. Mucho mejor de lo que ustedes pueden imaginarse: pendientes de esmeraldas rodeadas de brillantes; *Pendantif* de brillan-

tes, montados en platino, figurando un dragón japonéa. Una magnífica piel de esas que se llevan sobre los hombros...

TRINI Piel de zorro.

PEP. Eso creía yo, que era de zorro, pero dicen que no, que no es de zorro, que es de *renard*.

LEÓN Yo creía que zorro y *renard*, era lo mismo.

LEONA ¿Tú qué sabes?

GREG. No interrumpan ustedes. Sigue.

PEP. Traje de viaje, hechura de sastre, de paño gris, finísimo, con cuello de piel de nutria, y su correspondiente sombrerito, lindísimo, sin más adorno que un centímetro de piel de mono, que dicen que vale doscientas pesetas.

GREG. Eso será el valor del mono completo.

PEP. No señor; de un centímetro de piel.

LEONA ¿Pero cómo puede valer doscientas pesetas un centímetro de piel de mono?

LEÓN Será de algún mono amaestrado de los del Circo...

GREG. ¡No interrumpan, caramba! Sigue.

PEP. Traje de sociedad, de punto de seda azul natié, bordado en acero. Y el traje de novia .. no quieran ustedes saber; de piel de seda, con todo el delantero adornado de perlas; el velo... ¡de blonda! y las consabidas flores de azahar... ¡Pues no digo nada, los padres de Beni; deben haberse empeñado hasta los ojos, porque no tienen un cuarto, y le han traído de Madrid un equipo que vale un dineral!

LEONA ¡Qué atrocidad!

GREG. ¡Qué barbaridad!

TRINI Pues di que ni la Princesa de Asturias. (Se levanta y va al grupo.)

PEP. En fin, una boda como no se ha visto ni se volverá a ver aquí en Berberona.

LEÓN Y ustedes, como son tan buenas amigas de la novia, se alegran de eso, como es natural.

LEONA Sí, señor; somos muy buenas amigas.

TRINI Y la queremos muchísimo.

PEP. Y nos alegramos mucho; eso es aparte.

LEÓN Sí, ya veo que la alegría las ha puesto a ustedes nerviosillas...

LEONA Tanto como para ponernos nerviosas... no diré.

TRINI No hay para tanto.

PEP. Pues yo sí, estoy nerviosa y tengo motivos para estarlo, porque... no les he dicho a ustedes... lo más tremendo. ¡Lo intolerable!

LAS OTRAS ¿El qué? Cuenta, etc.

PEP. ¿Saben ustedes con qué está adornado el vestido de novia? ¡Con aquellos célebres encajes de Alençón!...

LEÓN (Aparte.) ¡Bomba!

GREG. ¿Los que compró el padre de Fabricio en Olías del Rey?

PEP. Sí, doña Gregoria; aquellos encajes tan preciosos, los ha comprado Inocencio para el vestido de boda.

LEÓN Sí que es un regalito: ocho mil pesetas.

LEONA Oye, tú; no aumentes: siete mil.

GREG. Querrás decir seis mil.

TRINI No, mamá, cinco mil.

PEP. Yo sé que no llegan a cuatro mil, pero es lo mismo.

LEÓN ¿Les parece a ustedes que los dejemos en tres pesetas?

LEONA ¡León, no seas ganso!

LEÓN Yo, como buen español, celebro que tan valiosos encajes no vayan a Francia.

PEP. Yo también; pero de lucirlos alguna de esta población, no era Beni la indicada.

GREG. (Con fisga.) La indicada eras tú.

TRINI Eso creía ella.

PEP. ¿Cuando he dicho yo semejante cosa?

TRINI No lo has dicho, pero estabas confitada y te relamías.

PEP. Eso es lo que tú no sabes.

ESCENA V

DICHOS. De la calle DOÑA CLETA

CLETA Buenos días.

TODAS Muy buenos.

CLETA Perdonen la demora, pero he tenido que ir a ver los regalos y el equipo de Beni; les aconsejo que no dejen de verlo todo; es una preciosidad digna de ser admirada.

GREG. Por eso, el equipo de Beni... es antes que dar la lección de piano.

CLETA Es la primera vez que me retraso unos mi-

nutos en el cumplimiento de mi obligación, doña Gregoria.

GREG. Yo no lo he dicho con segundas, doña Cleta.

LEÓN (A doña Cleta.) Señora; he venido para que me haga usted el favor de dejarme la marcha nupcial de *Lohengrín*...

CLETA ¿Le corre mucha prisa?

LEÓN Muchísima.

CLETA Voy por ella. (Vase izquierda.)

LEONA ¿Conque... la marcha de *Lohengrín?*

LEÓN Del maestro Wagner.

LEONA ¡León, mira lo que haces!

LEÓN Voy a aprenderla, tanto si te parece bien como si te parece mal.

LEONA ¡León!

CLETA (Sale con el papel de música.) Tome usted.

LEONA Como aprendas eso, hemos concluído para siempre.

LEÓN Por mí, *per omnia sécula seculorum.*

LEONA ¡Para siempre!

LEÓN (Se encoge de hombros.) ¡Ps! Me río yo de los pececitos de colores; y si lo quieres en latín: *Rideo ego piscículi coloreati.* (Vase a la calle.)

LEONA ¡Amén!

CLETA Pero, Leona; reñir con su prometido por el fútil motivo de aprender esa marcha, es un caso insólito...

LEONA No me haga usted hablar, doña Cleta, no me haga usted hablar.

CLETA No hable, pues. Vamos a dar lección. (Vase izquierda.)

GREG. Trini: cuidado con moverte hasta que yo vuelva a buscarte. (Vase a la calle)

TRINI Bueno. (Entran todas en la izquierda.)

ESCENA VI

De la calle INOCENCIO y DON PASCUAL

PAS. Eres el hombre de la suerte.

INOC. Ahora sí; la suerte me acaricia de continuo y bendigo la hora en que volví a esta población donde me esperaba una hermosa criatura enamorada de mi sin yo sospecharlo, pero una indiscreción de sus amigas me descubrió el secreto y hoy la quiero con toda mi alma.

PAS. Bueno, pues así que os echen la bendición, a Italia con tu mujercita.

INOC. Y en terminando el viaje de novios, volveré con doscientos obreros para emprender la restauración del palacio de los duques.

PAS. ¿Corre mucha prisa la restauración del palacio?

INOC. Mucha; los duques desean que se acabe lo antes posible.

PAS Entonces, te aconsejo que no traigas más que siete obreros.

INOC. Cómo se conoce que ignora usted la regla de tres: Si siete obreros tardan doce años... doscientos obreros...

PAS. Tardarán más.

INOC. No; tardarán menos; es regla de tres inversa.

PAS. Los doscientos obreros tardarán más porque se te declararán en huelga cada dos días.

INOC. Es verdad, eso no lo dicen las matemáticas.

PAS. Pero lo voy a poner en uno de mis consejos.

ESCENA VII

DICHOS. De la calle CASTAÑEDA, que desmonta de una bicicleta y entra

CAST. A la orden, mi capitán.

INOC. Hola, Castañeda.

PAS. ¿Se ha vuelto de Madrid?

CAST. Sí, señó.

INOC. Ha ido a buscar los papeles que faltaban.

CAST. Aquí están. (Los saca de debajo de la guerrera que se desabrocha y los entrega a Inocencio.)

INOC. Sudados. . (Los revisa.)

CAST. Sí, señor; de la sudor.

PAS. Yo creí que habías ido a caballo.

CAST. No señó; en bisicleta; mi capitán no quiere que amonte má su caballo.

INOC. No quiero que lo monte más porque le enseñó a leer.

PAS. ¿Que enseñaste a leer al caballo?

CAST. Cosas de mi capitán, que como se va a casar con una señorita que está loca perdía por él, le retosa la alegría por to el cuerpo.

PAS. Pero hombre, un caballo que sabe leer.

INOC. Sí, señor; desde que lo montó Castañeda, en cuanto ve un letrero que dice: «se vende vino» se para en la puerta.

PAS. Ah, vamos...

INOC. Y se me figura que la bicicleta va tomando también esa mala costumbre.

CAST. Por mi salú, que no, mi Capitán.

INOC. Toma. (Papeles.) Llévalos al párroco de la iglesia mayor. (Vase escalera.)

CAST. Oiga uté, señó; ahora con eso de venir los papás de mi Capitán, vamos a ser dos más en la casa.

PAS. ¿Y qué tenemos con eso?

CAST. Que si hase farta otra criada ma, yo conosco una joven que ayer se salió den ca los amos porque la enserraban er pan... una chica mu bien fardá.

PAS. ¿Guapa, eh?

CAST. De acabancatis.

PAS. No; nos basta con la Vicenta que es mujer muy dispuesta. Anda con Dios, so gatera ..

CAST. (Aparte.) Mardita sea esa vieja recondená. (Vase a la calle con la bicicleta.)

PAS. A escribir el consejo referente a los obreros. Consonante a *huelga*... elga, elga... No sé cómo voy a meter las hojas de acelga... y los melones de cuelga...

ESCENA VIII

DON PASCUAL. De la calle DON SATURIO.

SAT. ¡Pascualete!

PAS. ¡Saturio! (Se abrazan.) ¡Cuántos años sin verte por Berberona!

SAT. Veinte años. (Deja el sombrero sobre la mesa.)

PAS. ¿Y qué te trae por aquí? ¿A ver tus fincas?

SAT. Y a encargarme de ellas; no quiero que continúen en manos de administradores.

PAS. «Administrador que administra y enfermo que enjuaga, algo traga.» (Se sientan.)

SAT. He entrado a darte un abrazo, y dentro de media hora salgo para Illescas.

PAS. Pero, si hasta la tarde no tienes tren.

SAT. En el automóvil que acabo de comprar.

PAS. Amigo; el que puede lo gasta; porque el viajar en auto creo que sale carísimo.

SAT. Según; eso depende del número de gallinas que se aplastan; que no son pocas; porque todo campesino que quiere comerse una gallina de su corral, le parte una pata, la deja en mitad de la carretera, la mata un automóvil, y el campesino se encuentra con la gallina y ocho pesetas de indemnización.

PAS. ¡Qué te parece! ¡Lo que saben!

SAT. Como que hoy uno de los negocios más lucrativos consiste en comprar, por cuatro cuartos, vacas de desecho y burros enfermos para colocarlos en las carreteras a que los maten los automóviles y los paguemos a peso de oro, además de ponernos en peligro de rompernos la cabeza

PAS. El corazoncito de la gente del pueblo...

SAT. ¿Y tu mujer?

PAS. Continúa dando lecciones de piano.

SAT. ¿Y tú continúas siendo el marido de la profesora?

PAS. No me pinches, Saturio, que no hago el vago; voy a publicar un libro con quinientos consejos prácticos; ya no me faltan más que dos.

SAT. Te prometo comprar un ejemplar.

PAS. Muchas gracias.

SAT. Lo que no te prometo es leerlo, pero comprarlo, tenlo por seguro.

PAS. Saturio; eso es pitorrearte de mi libro.

SAT. Bueno; lo leeré; haré ese sacrificio.

PAS. ¿Continúa el pitorreo?

SAT. No vayas a incomodarte.

PAS. No; la cosa no tiene importancia; pero ya me las pagarás, guasón.

SAT. Hablemos en serio: estoy cansado de la vida de soltero y he venido...

PAS. A casarte.

SAT. Sí, a casarme a pesar de mis cincuenta; porque no me negarás que me conservo muy bien.

PAS. Te conservas que ni en lata.

SAT. Gracias, Pascualete.

PAS. ¿Y quién es la futura?

SAT. No lo sé; acabaré de recorrer los pueblos de esta comarca, y la primera chica que me guste y me corresponda, aquella.

PAS. ¿Y ha de ser precisamente, una chica de las de por aquí?

SAT. Sí, señor. Hace más de veinte años estuve a punto de casarme con una señorita de Madrid, pero se desbarató la boda una semana antes de que nos echaran la bendición; es una larga historia de ingrato recuerdo y para olvidarla, busqué la embriaguez, la locura de las diversiones; y hastiado de esa vida, sueño en crearme una familia, un hogar, en casarme con una joven de esta comarca.

PAS. ¿Y por qué no con una señorita de Madrid?

SAT. Las señoritas de las grandes ciudades son flores de invernadero, algo artificiales; salen solas con toda despreocupación, se dan *polisoar* en las uñas para presumir de que en nada provechoso se ocupan; con pretexto de una moda nos muestran las pantorrillas; con pretexto de otra moda sabemos cómo tienen el busto, y así sucesivamente, a la vuelta de unas cuantas modas las conocemos de cuerpo entero; mientras que las chicas de por aquí son flores casi campestres, más naturales: salen en grupos, cogidas del brazo, para defender mejor su honestidad; se ruborizan por un piropo insignificante, y en las manos muestran señales de ser mujercitas de su casa.

PAS. ¿Y qué? ¿Has echado el ojo a alguna?

SAT. Ahora vengo de Bargas; allí he conocido a Magdalena, una chiquilla lindísima a la que me declaré y, con una ingenuidad encantadora me dijo: «¡Cuánto lo siento; no puedo corresponderle porque amo a Feliciano Pérez, un chico de Illescas, pero somos muy desgraciados porque su familia y la mía se oponen». Y rompió a llorar. Me dió tal pena, que hablé con los padres de la chica; corrí a Illescas a hablar con los del chico; me valí de discursos, busqué la intervención de personas influyentes... ¡Qué sé yo cuánto hice! Y, por fin, limadas las asperezas y vencidas las dificultades, ayer, los padres de Feliciano pidieron la mano de Magdalena; y yo, al ver felices a los dos enamorados, experimenté una satisfacción como si fuese

yo el que iba a casarme. Créeme, Pascualete.

PAS. Y ahora vienes a echar tus redes en Berberona...

SAT. Sí; sueño con las chicas que conocí en esta ciudad durante mi juventud: Salomé, morena saladísima; el blanco de sus ojos tenía el brillo de las perlas; Eugenia, rubia como mis campos de trigo; Benita, yo la llamaba Beni, candorosa como una santa... sonrisa dulce, de miel de la Alcarria... la más hermosa de todas. Ya todas se habrán casado.. ya ninguna piensa en mí...

PAS. Es claro. No te iban a estar aguardando. Oye: Esa Beni, ¿es la que vivía en la plaza junto a la iglesia? (Se levantan.)

SAT. Sí; ¿verdad que era hermosa?

PAS. Y lo es, porque por ella no han pasado los años; está igual que la conociste.

SAT. ¿Sí?

PAS. Y sigue soltera.

SAT. ¿Sigue soltera?

PAS. Lo que oyes.

SAT. ¡Ah, qué alegría! Dispensa, chico, corro a verla. (Va a tomar el sombrero que dejó sobre la mesa.)

ESCENA IX

DICHOS. De la calle BENITA, radiante de alegría.

BEN. ¡Don Pascual!

PAS. Ahí la tienes. (A Saturio.)

SAT. (No puede contener la emoción y va hacia Benita.) ¡Beni! (De pronto, y comprendiendo que ha sido engañado, se detiene.)

PAS. ¡Ja, ja, ja, ja! (Conteniendo la risa.)

BEN. No tengo el gusto de conocer a usted.

SAT. Ni yo a ti, hija mía; probablemente, será tu madre aquella Benita que yo conocí.

BEN. No sé, mi madre se llama como yo.

PAS. En efecto; es hija de la que tú conociste.

SAT. Si has pretendido vengarte de lo del libro, no lo has conseguido, porque me es muy grato ver reproducida en esta señorita a la Beni de otros tiempos.

BEN. Dicen que soy el retrato de mi madre cuando era joven.

SAT. Y dicen la verdad: su misma voz; la sonrisa dulce... (Entusiasmándose por momentos.) aquellos ojos divinos... la misma boca... Te aseguro, preciosísima Beni, que viéndome a tu lado, la vida me sonríe; me siento rejuvenecer.

BEN. Pues no es usted tan viejo...

SAT. ¿De veras no te parezco viejo?

BEN. No, señor.

SAT. ¡Ah, qué buena eres! ¡Mereces ser adorada...!

PAS. No sigas; no sigas, Saturio Para que veas que no soy vengativo, antes de que pases adelante, te participo que esta señorita se casa la semana próxima.

SAT. (Con desfallecimiento) ¿Vas... a casarte?

BEN. Sí, señor; con Inocencio, el sobrino de don Pascual.

PAS. Capitán de Ingenieros de gran porvenir.

BEN. Y de gran presente.

SAT. ¡Cuánto... cuánto me alegro! ¿Y le quieres mucho, verdad?

BEN. Ya lo creo; más que a mi vida.

PAS. Anda, anda a dar lección.

BEN. Con permiso de ustedes.

SAT. Adiós, Beni.

BEN. Adiós, señor. (Vase izquierda.)

PAS. Hola; parece que te has quedado pensativo.

SAT. Sí, querido Pascual; veo que con las chicas, los jóvenes hacen el amor y los viejos hacemos el ridículo.

PAS. Magnífico; ese pensamiento lo aprovecharé para el penúltimo de mis consejos.

SAT. Hombre, ya me has hecho entrar en ganas de conocerlos.

PAS. Pues, sube; te leeré unos cuantos y te presentaré a mi sobrino. Ah; tú que eres tan jugador, verás lo que digo a los tresillistas: (Lee)

«Cuando de tresillo estés,
lo primero mirarás
las cartas de los demás;
de ver las tuyas, después,
tiempo de sobra tendrás».

SAT. No está mal, no está mal (Vanse escalera.)

ESCENA X

En el momento de entrar FABRICIO de la calle, sale PEPITA de la izquierda

PEP. (A las otras.) Hasta luego. (Se detiene al ver a Fabricio.)

FAB Gracias a Dios que te encuentro. Ayer tarde fuí a tu casa y no estabas.

PEP. (Seria, con sequedad.) Tuve que ir a ver los regalos de boda de Beni.

FAB. Por la noche no saliste a la reja como de costumbre.

PEP. Me dolía la cabeza y me acosté.

FAB. Esta mañana, a la hora convenida, fuí a tu casa para acompañarte hasta aquí, y ya te habías marchado.

PEP. Es que... la lección de hoy era muy larga y he venido antes. (Pausa.)

FAB. Mira, Pepita; yo necesito saber cuál es la causa de tu resentimiento conmigo.

PEP. Ninguna.

FAB. Entonces, ¿por qué huyes de mí? ¿A qué viene ese gesto de disgusto?

PEP. No lo sé; es que, desde ayer tarde, estoy muy nerviosa, sin saber por qué; tal vez el calor...

FAB. ¿Hacía mucho calor ayer tarde en casa de Benita?

PEP. (Indignada.) No me acuerdo.

FAB. Pepita, no seas niña; te acompañaré a tu casa y, por el camino, espero convencerte de que tu disgusto es impropio de una joven de buen sentido. Vámonos.

PEP. No; prefiero ir sola.

FAB. Esa contestación, ¿la has pensado bien?

PEP. Perfectamente.

FAB. ¿Te has fijado en las consecuencias que puede tener?

PEP. Sí.

FAB. Está bien, pero escucha: Esta noche, antes de dormirte, supongo que rezarás; eres buena cristiana. Te aconsejo que después de rezar, preguntes a tu conciencia si te causa sentimiento el exceso de felicidad de alguna amiga.

PEP. ¿Qué quieres decir?
FAB. Pregúntatelo a tí misma.
PEP. ¡Oh! ¡Hemos terminado!
FAB. ¿Quiéres que terminemos?
PEP. ¡Ahora mismo; y para siempre!
FAB. Como tú quieras, para siempre... (Vase a la calle.)

ESCENA XI

PEPITA; de la izquierda, TRINI y LEONA; luego DOÑA GREGORIA, de la calle. Después, DOÑA CLETA y BENITA, de la izquierda

TRINI ¿Qué ha pasado?
PEP. He terminado con Fabricio para siempre.
TRINI Como yo con Cipriano.
LEONA Y yo con León; pero creo que nos volveremos a arreglar.
PEP. Yo, nunca.
TRINI Yo, lo mismo.
LEONA ¡Qué tontas sois; entre novios, las palabras *nunca y siempre* no tienen valor.
GREG. (Entrando.) ¿Habéis terminado la lección?
TRINI Sí, mamá; vámonos.
PEP. Nos iremos todas juntas. (Al ver a Beni.) Beni vendrá con nosotras.
BEN. Como querais.
GREG. Esperad un poco que yo descanse, con permiso de doña Cleta. (Se sienta.)
CLETA Están ustedes en su casa. (Vase escalera.)
GREG. (A Pepita.) Ya sé que has reñido con Fabricio.
PEP. Sí, señora.
GREG. Me lo acaba de contar un amigo suyo. ¡Qué se le va a hacer! Boda y mortaja, del cielo baja.
LEONA Ninguna podemos decir «me caso» hasta después de echada la bendición.
TRINI ¡Y tanto!
PEP. Ya lo oyes, Beni.
BEN. Sí; pero, eso no reza conmigo, porque Inocencio y yo nos queremos entrañablemente.
GREG. Eso no es una razón; porque, ¡cuántas veces!, en la misma iglesia, se ha presentado una señora conocida del novio y ha descubierto que si esto, que si lo otro, que si lo de más allá... y se ha deshecho la boda allí mismo.

PEP. No pasa día sin que se lea algo de eso en los diarios de Madrid.

TRINI ¡Bueno está Madrid!

LEONA Lo que es yo, no me fiaría de ningún novio que viviese en Madrid.

BEN. Sí, pero en todo hay excepciones. Ya veis. Inocencio vive en Madrid y no puede ser más bueno de lo que es.

GREG. Lo mismo creía Trini de Cipriano y le ha salido rana.

TRINI Gracias a una persona que ha llegado de Madrid y nos ha puesto en antecedentes de Cipriano.

PEP. Y de algún otro que no se llama Cipriano.

GREG. Cállate, Pepita; cállate, Pepita.

BEN. ¿De quién, de Inocencio?

PEP. Yo no digo de quién.

BEN. No, pero me llenáis de zozobra. ¡Habladme con franqueza, como buenas amigas! ¡Por Dios, decidme si sabéis algo! Os lo suplico.

GREG. No le contéis nada; ojos que no ven, corazón que no siente,

BEN. Pues yo quiero saberlo; hablad, por favor.

PEP. Pues chica, la verdad...

GREG. Cállate, Pepita; cállate, Pepita.

LEONA Ven, yo te contaré.

BEN. Sí, vámonos. (Beni vase a la calle acompañada de Leona.)

ESCENA XII

PEPITA, DOÑA GREGORIA y TRINI. Luego INOCENCIO por la escalera

PEP. Verán cómo Leona le cuenta algo de Inocencio. Luego será capaz de decir que lo hemos inventado nosotras.

TRINI Es una envidiosa.

INOC. Muy buenos días.

ELLAS Felices.

INOC. Voy a terminar mi trabajo con permiso de ustedes.

ELLAS Usted lo tiene, no faltaba más.

(Inocencio levanta los periódicos con que está cubierto el croquis, y se dispone a trabajar. Se sienta.)

PEP. ¿Y cuándo, cuándo va a ser eso?

INOC. El sábado próximo.

GREG. Ya sabemos, ya sabemos.

TRINI Ya nos han dicho...

INOC. ¿El qué?

GREG. Que se casan ustedes en el palacio de los Duques, nada menos.

INOC. Así es, en efecto; y no las invito a ustedes porque los padres de la novia irán a invitarlas, no sólo para la ceremonia, sino también para el *lunch,* que será servido por el Gran Hotel Flok, de Madrid.

PEP. Muy agradecidas...

INOC. A nada de eso pueden faltar tan buenas amigas de la novia.

PEP. No sabe usted cuánto nos alegramos de que se case Beni.

INOC. Ya me lo figuro.

PEP. Sí; porque, francamente, nos temíamos que se iba a quedar para vestir imágenes.

TRINI ¡Qué cosas tienes! ¿Por qué no se había de casar?

PEP. Con un forastero, no diré; pero con uno de la población, ya sabes tú que no.

GREG. (A Trini.) En eso, tiene razón Pepita.

PEP. Claro que tengo razón; a ver qué joven le ha dirigido la palabra hasta que el señor vino a Berberona.

INOC. De no haberse casado conmigo, se hubiese casado con otro, porque es muy buena; no me negarán ustedes que es buenísima.

TRINI (Despectivamente.) Sí...

GREG. (Idem.) Sí...

PEP. No diré que no...

INOC. Pero... ¿es que lo dudan ustedes?

GREG. Las hay que parecen ermitas y son catedrales.

PEP. Me lo ha quitado de la boca.

INOC. (Se levanta.) Señoras mías; esas palabras tienen doble sentido, envuelven una acusación, y yo les agradeceré que hablen claro.

PEP. Eso sí que no. Comprenda usted que no está bien que una amiga descubra los secretos de otra.

INOC. Pero, ¿acaso Beni tiene secretos que ocultar?

PEP. Yo no le he dicho a usted eso.

TRINI Pero se lo has dado a entender, y es lo mismo.

PEP. Como que no se lo habrán contado ya. ¡Buena es la gente de aquí!

INOC. Ah, conque... ¿ya es del dominio público?

GREG. Cállate, Pepita; cállate, Pepita.

INOC. No, señora, no; que no se calle. Ahora su silencio sería para mí más angustioso que cuanto puedan contarme; sus reticencias y medias palabras harían volar mi imaginación, y la imaginación de un enamorado celoso, no encuentra límites donde detenerse. Así, pues, hablen ustedes; hablen con toda claridad; tienen la obligación de hacerlo; puedo exigirlo porque han enroscado ustedes la duda en mi pecho.

PEP. Por Dios, Inocencio; no se ponga usted así. Nosotras no hemos dicho nada de particular.

INOC. Han dicho ustedes lo bastante.

PEP. Pues si hemos dicho lo bastante, no hace falta decir más. Vámonos.

GREG. Y si quiere saber más, que se lo pregunte a Blas Sabirón. (Las tres vanse a la calle.)

INOC. ¡Blas Sabirón! ¡Ah! ¡Ya comprendo!... No me digan más... Ya comprendo... (Cae anonanado sobre el croquis. Pausa.) Siendo tan hermosa... era la única que estaba sin pretendiente. Ahora me explico el por qué Tienen razón mis tíos. ¿De qué me sirve haber estudiado tanto, si todo el mundo me engaña?

ESCENA XIII

INOCENCIO. De la calle, CASTAÑEDA y BLAS SABIRÓN

CAST. ¿Qué le pasa a uté, señorito? ¿Etá uté enfermo?

INOC. No; no es nada; un poco de mareo...

BLAS El calor. La temperatura ambiente.

INOC. (Aparte.) ¡Sabirón!

BLAS El asistente le dirá lo que hay.

INOC. ¿Qué pasa?

CAST. Novedade en er ganao. Er caballo de uté tiene un mordisco (En el cuello.) aquí, y una coz (En el muslo del mismo lado.) aquí.

BLAS (Rectificando.) En salva sea la parte.

CAST. (Molestado.) Mi capitán ya ha comprendío que al desir yo «aquí» y «aquí», es en el «aquí» y «aquí» der caballo.

INOC. ¿Habrá reñido con alguna mula?

CAST. Sí, señó. En la madrugá pasá, su caballo de uté y la mula «Salerosa», han tenío unas palabras.

BLAS Mi visita no tiene más que una finalidad, y es decir a usted que el ganao está muy estrecho en la cuadra de esa posada. Por lo tanto, si usted quiere que se traslade a mi casa, allí tengo pesebres hasta para dos regimientos de Caballería.

CAST. Argo menos.

BLAS Es una frase.

INOC. Muchas gracias. (Se levanta.)

CAST. (Aparte.) Argo le pasa a mi capitán. (Se retira a segundo término.)

INOC. Conque... usted, amigo Sabirón (Procurando sonreir y aparec r tranquilo.), no piensa casarse mientras no encuentre una que le dé calabazas...

BLAS No hay estímulo...

INOC. De manera que... todas las chicas de esta población... claro está...

B AS ¿Para qué vamos a hablar de eso?

INOC. ¿Por qué no?. Entre usted y yo, ¿no hay amistad... y confianza?

BLAS Reciprocidad.

INOC. Entonces... ¿qué tiene de particular que yo sepa... lo que todos saben? Que usted fué correspondido por Trini y Pepita...

BLAS Dejemos estar eso.

INOC. Y hasta por... Benita.

BLAS Pasemos a otra cosa.

INOC. ¿No quiere usted hablar de ello?

BLAS El hombre que divulga y se alaba de sus triunfos femeninos—me comprende usted—es un átomo minúsculo y despreciable.

INOC. Tiene usted razón; mis preguntas son una impertinencia.

BLAS Dejemos el sexo débil, y pasemos a la finalidad de mi visita; usted dirá si quiere trasladar el ganado.

INOC. Lo agradezco, pero hemos terminado los trabajos de campo y mañana vuelve gente y ganado a Madrid. Castañeda...

CAST. Mande, señorito.

INOC. Prepara el equipaje,

CAST. ¿El de uté?

INOC. Y el tuyo también; mañana nos volvemos a Madrid.

CAST. (Aparte.) ¿Qué le habrá dicho a mi capitán ese tío fanfarria? (Vase por escalera.)

BLAS Pues... ¿y su boda con Beni?

INOC. Pienso aplazarla... porque... me encuentro algo enfermo.

BLAS Exceso de estudio. Fatiga cerebral...

INOC. Eso debe ser...

BLAS Pues aliviarse; quede con Dios, y mandar.

INOC. Adiós. (Queda abatido, de codos en la mesa.)

BLAS (Por Inocencio.) La neurastenia. (Vase a la calle.)

ESCENA XIV

INOCENCIO. Por la escalera, DON PASCUAL, DON SATURIO, CLETA y CASTAÑEDA. Al final UNA CRIADA o CRIADO

PAS. Inocencio: ¿es verdad que te marchas a Madrid?

INOC. Sí; mañana mismo.

CLETA Pero, ¿estás demente?

INOC. Poco me falta para estarlo; yo no puedo casarme con Beni.

(Castañeda escucha desde el foro.)

LOS TRES ¿Por qué?

INOC. Porque antes de conocerme tuvo un amante.

CLETA ¡No es verdad!

PAS. ¡No es posible!

INOC. Lo he sabido gracias a una imprudencia de sus amigas; lo sé por el mismo amante; por Blas Sabirón a quien acabo de preguntárselo.

PAS. ¿Y te ha dicho que él?..

INOC. No: pero con su silencio atormentó mi alma y deduje que es verdad lo que sabe toda la población.

(Castañeda vase al huerto.)

SAT. Observe, amigo Céspedes, que el amante celoso no reflexiona: un papel de fumar se le hace una montaña, y es capaz de los mayores disparates. Por eso me permito aconsejar a usted que no tome determinación alguna sin hablar antes con su prometida. Usted no debe dar por deshecha esa boda sin tener una conferencia con Beni. Esto es lo prudente.

INOC. No sé qué hacer...

CLETA Lo que acaba de aconsejarte don Saturio y nada más.

SAT. Y si usted se niega a ir, yo mismo corro a buscar a Beni, la traigo, los pongo frente a frente, y hablarán ustedes quieran o no quieran.

INOC. No; iré yo.

PAS. Pero en seguida.

(Ya en la puerta de la calle un Criado o Criada le entrega una carta y vase.)

CRIADO Para usted.

CLETA ¿Una carta?

INOC. Letra de Benita.

CLETA A ver qué dice.

INOC. (Lee.) «Inocencio: comprendo que todo debe acabar entre los dos...» Lo comprende ella misma, es claro, su conciencia.. el remordimiento...

CLETA Sigue...

INOC. «¿Para qué decirte el motivo de mi determinación? Demasiado lo sabes tú». ¿Ven ustedes? Ella misma confiesa su falta: esto es una confesión.

SAT. Para un celoso, sí; pero para quien conserve tranquilidad de espíritu, no es confesión.

PAS. Pero convengamos en que lo parece.

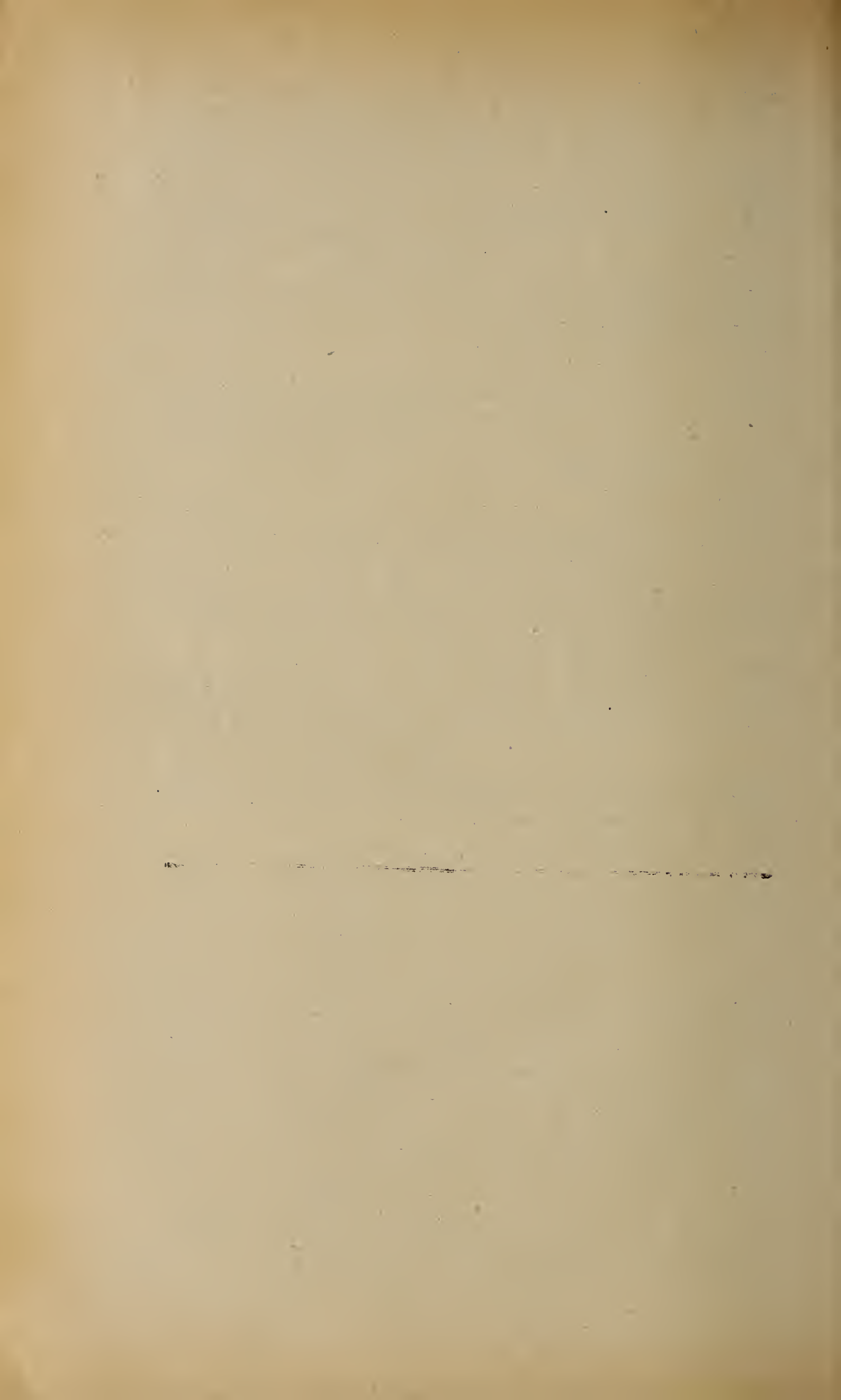
INOC. ¡Perdida mi primera ilusión de amor! ¡Era demasiada felicidad para mí! ¡Era demasiada felicidad! (Cae sobre una silla de la izquierda.)

(Del huerto, sale Castañeda con una estaca.)

CAST. (Aparte.) A ese tío Sabirón le doy yo la convidá. (Vase a la calle.)

(Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO





ACTO TERCERO

La misma decoración. Día siguiente del acto anterior

ESCENA PRIMERA

La puerta de la calle está abierta. CASTAÑEDA por la escalera; trae la maleta de Inocencio y un par de botas

(Viene canturreando.)
En España susede una cosa
muy extraña, que voy a desir,
y es que van cojeando los cojos
y sierra los ojos
quien quiere dormir.
(Deja la maleta sobre una silla y la abre.)
Son de pluma las alas de gallo,
y en los perros, en todos, verás
un detalle muy interesante:
el morro delante
y el rabo detrás.

(Va metiendo en la maleta los objetos que nombra y encontró sobre la mesa.) El *estruche*... de monerías. (El libro que bajó en el prímer acto.) Las tablas: estas no crían chinches como las del dormitorio del cuarté. La regla le dijo al lápiz «Yo te haré andar derecho.» (Sobre la mesa encuentra la música que luego nombra ¿Y esto? Papele de música. Etos documentos no son de la Brigada Topográfica...

ESCENA II

CASTAÑEDA. De la izquierda DOÑA CLETA

CAST. (Al ver a doña Cleta.) Oigasté, doña Tecla...

CLETA ¿Qué es eso de doña Tecla? Me llamo Cleta, y no tolero indirectas irónicas a mi respetable profesión.

CAST. Uté perdone, señora; por mi salú que ha sido sin queré; como son dos nombres tan paresidos que hasta tienen las mismas letras... siempre los equivoco

CLETA Eso ya varía de especie. ¿Qué iba usted a decirme?

CAST. Aquí hay unos papeles de sorfa.

CLETA ¿Qué son ellos?

CAST. (Cuaderno empastado en folio.) «Estudios de Crémor.»

CLETA «De Crámer.»

CAST. Eso é: «de Crámer.» (Otro cuaderno.) «Sotanas de Betvoven.»

CLETA «Sonatas de Beethoven.»

CAST. Eso é: «Sonatas de...» eso que uté ha dicho.

CLETA Déjelo sobre el piano. (Castañeda entra en la izquierda. Sale y limpia las botas. Cleta, a la puerta del huerto.) ¡Vicenta!

ESCENA III

DICHOS. Del huerto, VICENTA

VIC. Mande, señora.

CLETA Cuando vengan mis discípulas, que tengan la amabilidad de esperar un poco, que bajo presto.

VIC. No vendrán, porque hoy no tienen lección.

CLETA ¿Y por eso deduces que no vendrán?

VIC. Yo me lo figuro, porque hoy es el 31 de Mayo, y como esta tarde es la fiesta de las Hijas de María, esta mañana temprano habrán ido todas a confesar y comulgar; después habrán ido a desayunarse, y ahora irán a misa mayor y al ofrecimiento de las flores.

CLETA Mas como quiera que mis discípulas son cariñosísimas conmigo, ayer quedaron en

venir a buscarme minutos antes de las diez para acompañarme a la mencionada misa.

VIC. Yo, de eso, estaba ignoranta.

CLETA Pues ya lo sabes, y sírvate de aviso para que te corrijas de tu afán de argumentar. (Vase escalera.)

ESCENA IV

CASTAÑEDA y VICENTA

VIC. (A Castañeda.) Dice que sus discípulas son muy entrañables con ella y por eso vendrán a buscarla pa acompañarla a la iglesia. A lo que vendrán es a husmear si el capitán se marcha u se queda. ¡Fisgonas, más que fisgonas!

CAST. ¿Y uté no pertenese a las Hijas de María?

VIC. ¿Ya estamos otra vez de guasa?

CAST. Lo digo porque uté también es soltera.

VIC. Sí, señor; soltera estoy; y si no me casé fué por... bueno, porque no quise.

CAST. Yo tampoco pienso casarme mientras no se invente una cosa.

VIC. ¿El qué?

CAST. Sa inventao la pólvora sin humo, la telegrafía sin hilos y los coches sin caballos; en cuanti que se invente er dote sin mujer, allá voy yo.

VIC. Cuando eso se invente ya habrá llovido.

CAST. Cuando eso se invente, ya estaré yo má arrugao que uté. (Mete la maleta en la izquierda y vuelve a salir.)

VIC. Arrugada estoy, eso es verdá; pero no siempre he sido pasa, que también he sido uva fresca; y no digo lo guapa que fuí porque no está bien que una misma se alabe; pero puede hablar el retrato que conservo arriba en mi cuarto, y que me hicieron cuando yo tenía veinte años.

CAST. Pero digasté. Cuando uté tenía veinte años, ¿ya s'abía inventao la fotografía?

VIC. Ya lo creo que se había inventao.

CAST. (Canta.)
Que no pué ser, que no pué ser...

VIC. ¡Burlón, más que burlón! En cuanti que baje su capitán le voy a contar que anoche se acostó usté borracho como una cuba; eso pa que se vuelva usté a burlar de mí.

CAST. Y yo le voy a retorcer el pescuezo a una bacalá.
VIC. Vaya usté a mandar llover. (Vase al huerto.)
CAST. Vaya usté y que le pongan a remojo.

ESCENA V

CASTAÑEDA. De la calle DOÑA GREGORIA, vestida de dia de fiesta, con mantilla. Nada de cursilerías

GREG. Buenos días.
CAST. Mú güenos. (Aparte.) Una de las fisgonas.
GREG. ¿Y doña Cleta?
CAST. Ha dicho que saspere usté, que aluego baja. Asiéntese usté si gusta.
GREG. ¿Por dónde anda su capitán?
CAST. Según.
GREG. ¿Se marcha hoy?
CAST. Veremo a vé.
GREG. Pero, ¿se marcha o se queda, por fin?
CAST. Veremo a vé.
GREG. Nos han dicho que ayer pasó todo el día en la cama. Y que no salió de casa.
CAST. No iba a salir a la calle con cama y todo.
GREG. Lo mismo le pasó a Beni. No creo que su capitán se marche sin hablar con ella, ¿verdá usté?
CAST. Veremo a vé.
GREG. ¿Le falta a usted mucho para tomar la licencia?
CAST. Dose mese y treinta días.
GREG. Trece meses.
CAST. Sí, pero yo lo digo de la otra manera porque ese numerito se trae la cangrí.
GREG. Pues, cuando cumpla, debe usted colocarse en alguna agencia de información, porque para dar informes, es usted el único.
CAST. Veremo a vé.

ESCENA VI

DICHOS. Del huerto DON PASCUAL

PAS. (Aparte, preocupado.) Sólo me falta uno y no doy con él.
GREG. Buenos días, don Pascual.

PAS. Felices, doña Gregoria.
CAST. ¿Qué tal sa dormío, señor?
PAS. No tan bien como tú, que anoche te acostaste con una merluza como un trasatlántico.
CAST. Pa selebrar el Mes de Maria.
GREG. ¡Jesús, qué bárbaro!
CAST. Yo si bebo es porque el vino da fuerza.
PAS. Lo que hace es quitarlas.
CAST. Las da; misté: tiene usté un barril lleno de vino y no lo pué levantá con las dos manos; se lo bebe uté, y lo levanta con el dedo miñique.
PAS. Eso son gatadas tuyas. Tú no sabes las víctimas que ha hecho el alcohol.
CAST. Eso dicen.
GREG. Como que debiera prohibirse la venta de bebidas alcohólicas.
CAST. No, señor; sería una injustisia muy grande.
PAS. ¿Por qué?
CAST. Má víctima han hecho los automóvile y no se prohibe la bensina.
PAS. Pero está prohibido que montes el caballo de tu capitán, y esta mañana te he visto montado en él.
GREG. Y dando saltos en mitad de la plaza.
CAST. ¿Han visto ustede canela? (Acción de saltar.) ¡Pa' ¡Ole!
PAS. Eso, sí; montas como un centauro.
CAST. ¿Sentauro? ¿Qué es un sentauro?
PAS. Los centauros eran unos individuos mitad hombre y mitad caballo.
CAST. ¿Mitá hombre y mitá caballo?
PAS. Así dicen.
CAST. ¿Y dónde sacostaban esos gachós: en la cama o en la cuadra?
PAS. No está mal, no está mal; yo también estoy en la duda de si comían bisté o alfalfa.
CAST. Bueno; de eso de la merluza de anoche y der caballo de esta mañana, no le dirá usté nada a mi capitán...
PAS. No, hombre; la cosa no tiene importancia
GREG. Don Pascual, ¿se marcha hoy su sobrino?
PAS. No lo sé de seguro, porque cuando salí de mi cuarto, aún no se había levantado; pero Castañeda la podrá informar a usted...
CAST. (Toma las botas y echa a correr por la escalera.) Pregunte usté lo que quiera... y... veremo a vé.

PAS. Con permiso. (Aparte.) A ver si doy con el último consejo .. (Vase escalera.)

GREG Total: que no sabemos si se marcha o no. No, pues yo no voy a misa sin saberlo. (Se levanta y mira por todas partes. Mira sobre la mesa.) Nada... (Se asoma a la izquierda.) Aquí hay una maleta... A ver... (Entra en la izquierda.) Debe ser del capitán; la habrá bajado su asistente para llevarla a la estación. De seguro.

ESCENA VII

DOÑA GREGORIA. De la calle PEPITA, ataviada de sombrero, elegante.

PEP. ¿Sabe usted algo?

GREG. El capitán se marcha hoy por la mañana en el tren de las once.

PEP. ¿Quién se lo ha dicho?

GREG. Nadie. Mira, ya le han bajado la maleta.

PEP. Puede estar vacía.

GREG. Llena; la he tomado a peso.

PEP. ¡Pobre Beni!

GREG. ¡Y dale con que «pobre Beni»! Lo menos creerás tú que no encontrará otro con quien casarse.

PEP. Ya lo ha encontrado.

GREG. ¿Que ya lo ha encontrado?

PEP. Anda, ya lo creo; usted nos dijo que el don Saturio ese que ayer llegó a Berberona ha venido para casarse con alguna chica de las de aquí...

GREG. ¡Sigue!...

PEP. Nada más llegar, conoció aquí mismo a Beni. Yo, desde esa puerta (Izquierda.), comprendí que se enamoraba de ella—se lo conocí en los ojos—y oí que le decía palabras tiernas, muy tiernas...

GREG. Los hombres son todo lo contrario que las aves de corral: cuanto más viejos, más tiernos. Sigue... ¿se declaró a ella?

PEP. Ya se iba a declarar, cuando don Pascual le advirtió que Beni estaba para casarse con su sobrino. Y, naturalmente, así que se haya enterado de que la boda se ha deshecho, habrá corrido a pedir la mano de Beni. Lo estoy viendo.

GREG. ¡Pues, hija, ya es suerte la de esa niñita! Se le deshace una boda magnífica y se encuentra con otra mejor.

PEP Pues a mí me da mucha lástima de Beni.

GREG. No sé por qué.

PEP. Una chica tan buena. Casarse con uno que... será todo lo rico que dicen, pero la triplica la edad y está expuesta a quedarse viuda muy joven. ¡Me da una pena!

GREG. Ya veo que no conocéis lo que es el mundo; rica, guapa, joven y viuda... pues ¡friolera!, para una mujer el colmo de la felicidad.

ESCENA VIII

LAS MISMAS. De la calle LEONA, ataviada como las otras, aunque algo menos elegante

LEONA ¡Una gran noticia!

LAS OTRAS ¿El qué? ¿Cuenta? (Etc.).

LEONA El asistente del Capitán se ha echado de novia a la criada del médico...

PEP. ¿Y es esa la noticia?

LEONA Espérate; por esa criada he sabido que el Capitán se marcha hoy por la mañana en el tren de las once.

LAS OTRAS ¡Ja ja, ja, ja!

LEÓNA ¿A qué viene esa risa?

PEP. Cuando tú vas nosotras ya volvemos. Eso ya lo había averiguado doña Gregoria.

GREG. ¡La que a mí se me escape!...

PEP. Y lo que tú no sabes es que el rico propietario don Saturio Pasalodos se nos casa con Beni.

LEONA ¿Se casa Beni con don Saturio?

PEP. Ayer mañana, al salir de aquí, se fué a pedirla a sus padres.

LEONA ¡Plancha! Ayer don Saturio, al salir de aquí, montó en su automóvil, se marchó a ver las fincas que tiene en Añover del Tajo y no volverá lo menos en un mes. Lo he sabido por el mismo chofer.

LAS OTRAS ¡Ah!

LEONA (Burlándose.) ¡Ah! ¡Las que todo lo saben! ¡Las que todo lo averiguan!

PEP. ¡La profesora! (Por doña Cleta.)

ESCENA IX

LAS MISMAS. Por la escalera DONA CLETA, de sombrero

CLETA Cuando ustedes quieran.

GREG. Ya nos han dicho que su sobrino se marcha hoy en el tren de las once.

CLETA Entonces saben ustedes más que yo.

PEP. ¿Pues qué, no se marcha hoy?

CLETA Si se marcha hoy... no lo sé de fijo; pero mañana podré decírselo con toda seguridad.

PEP. (Aparte) ¡Vaya una salida!

CLETA Vámonos.

PEP. (Aparte a Gregoria.) El Capitán se marcha hoy.

GREG. Ya no; lo ha pensado mejor; si se marchara no vendría doña Cleta con nosotras.

PEP. Tiene usted razón: se quedaría en casa para despedir a su sobrino.

GREG. ¡La que a mí se me escape!...
(Vanse todas a la calle.)

ESCENA X

Por la escalera INOCENCIO, DON PASCUAL y en seguida CASTAÑEDA

PAS. Haces muy bien; eso es lo correcto.

INOC. Sí, señor; lo he pensado más despacio y no quiero marcharme sin hablar con los padres de Beni y sincerarme ante ellos.

PAS. ¿Y con Beni?
(Castañeda entra en la izquierda y saca la maleta)

INOC. Con Beni... no sé qué hacer... lo deseo y lo temo a la vez; es muy enojoso pedirle explicaciones de esa índole a una señorita.. ¿Y qué conseguiría yo con que ella lo negase, si ya es del dominio del vulgo, según me aseguraron sus amigas? (Deja la gorra sobre la silla de la izquierda.)

PAS. Tienes razón.

CAST. Mi Capitán. ¿Llevo el equipaje a la estación?

INOC. No, ya no me voy hasta mañana; súbelo a mi cuarto.

CAST. ¿Sofrese argo má?

INOC. No. Digo, sí: quedas arrestado en casa, para que no vuelvas a emborracharte como anoche.

CAST. (*Aparte*) Se lo han contao...

INOC. Lo que no me explico es cómo puedes beber tanto con el poco haber que cobras.

CAST. Pasando muchas fatigas, mi capitán; tendrán que aumentarme el haber. (*Vase escaleras.*)

INOC. ¿Pero usted ha visto un sinvergüenza mayor que éste?

PAS. Déjalo; la cosa no tiene importancia.

INOC. Vaya si la tiene; en llegando a Madrid le doy pasaporte.

PAS. Harás mal:
«De criado no tomes nunca un tonto
si quieres que te sirva bien y pronto.»

INOC. Pero no tan listo como ese; ¿sabe usted la que nos hizo en Madrid? Se me presentó muy compungido pidiéndome unos días de permiso para su pueblo porque su padre había muerto. Como no me fío de él escribí al alcalde para que me informase, y, en efecto, el alcalde me contestó que el padre de Andrés Castañeda había muerto. Le concedimos a mi asistente quince días de permiso, marchó a su pueblo, y a la vuelta, lo metimos en el calabozo.

PAS. ¿No había muerto su padre?

INOC. Sí; pero hacía diez años.

PAS. Pues mira, tuvo gracia. Yo no lo hubiera castigado.

ESCENA XI

DON PASCUAL, INOCENCIO. De la calle DON SATURIO. Poco después, por la escalera, CASTAÑEDA, y queda al pie de ella. VICENTA sale del huerto en dirección a la escalera; oye lo que hablan y queda escuchando

SAT. ¡Aquí me tienen otra vez!

PAS. ¡Saturio!

INOC. Yo le creía en Añover del Tajo.

SAT. Sí; para ese pueblo me despedí de ustedes y hacia él me dirigí, y ya estaba a la vista de Añover, cuando me acordé de una cosa que ayer me dijo usted.

INOC. ¿Cuál?

SAT. Usted me dijo que cuanto le contaron de Beni era ya del dominio del vulgo.

INOC. Así me aseguraron sus amigas.

SAT. Pues, bien; yo, al recordar eso, le dije al chófer: «Alto; media vuelta; a Berberona otra vez.» Y aquí estoy para darle a usted mi más cordial enhorabuena.

INOC. ¿La enhorabuena?

SAT. Sí, amigo Céspedes; el vulgo es la hez, la escoria de la sociedad; ninguna cosa está más lejos de la verdad que la opinión del vulgo, y desgraciado de quien rige sus propios actos por la vulgar opinión; porque el vulgo es tan necio como mal intencionado; por eso cuanto aplaude, es malo; cuanto censura, es bueno; lo que niega, es cierto, y lo que afirma, es falsedad. ¿El vulgo regatea bondades a Beni? Pues tenga usted la seguridad de que Beni es una santa, ¡sí, señor; una santa!

PAS. Opino lo mismo.

INOC. Eso... será una opinión particular de ustedes...

PAS. Y de todos los que no tenemos la inteligencia obstruída por el estudio.

SAT. Reciba usted mi felicitación más sincera.

INOC. No sé... si debo aceptarla.

SAT. Escuche usted, joven inexperto: Tendría yo unos veinticinco años, cuando me trasladé a Madrid; fuí presentado en una elegante tertulia donde todas las señoritas tenían su novio; mejor dicho, todas no; había una, Valentina, muy hermosa, por cierto, que estaba sin pretendiente. Sus amigas, compadecidas de ella, convinieron en buscarle uno; ese fuí yo, que, inocente y confiado, creí cuanto las amigas me aseguraron, esto es: que Valentina se había enamorado de mí; lo mismo le hicieron creer a Valentina: que yo estaba locamente enamorado de ella, y acabamos por amarnos entrañablemente; pero, amigo mío, al tener todo dispuesto para la boda, ¡qué falsedades le dirían a ella de mí! ¡Qué invenciones me traerían a mí de ella!... Que la boda se deshizo, y cuando la verdad salió a la superficie, ya no había remedio: Valentina se había casado con otro...

VIC. (Sin poderse contener.) ¿Me permiten ustedes hablar?

PAS. Ah, ¿pero es que tú también quieres meter baza?

VIC. Déjeme que hable, señor, que si no hablo reviento.

SAT. Déjala que hable.

VIC. Sepan ustés, que si yo estoy soltera es por lo mismo que le pasó a este señor; también a mí me buscaron novio mis amigas, y me metieron por los ojos a un cabo de pistolos que acababa de cumplir, y al enterarse ellas que mi novio se había pasao a carabineros... Consideren ustés: ¡sordao de carabineros! que casi es más que comandante de pistolos, les entró la envidia y nos hicieron lo mismo que a este señor y a la señorita que ha dicho. Y aquí me tienen ustedes, (Lloriquea.) soltera pa tó lo que me queda de vida. ¡Las amigas! ¡Buenas están las amigas! (Vase escalera.)

SAT. ¿Se ha enterado usted, amigo Céspedes?

INOC. Sí; las amigas de Beni me aseguraron que estaba enamorada de mí...

CAST. (Avanza.) ¿Dan ustede su premiso?

INOC. ¿Qué hay?

CAST. También a la señorita Beni la hicieron creer que uté estaba enamoricao de ella.

INOC. ¿Y cómo lo sabes?

CAST. Porque yo entré en la conspiración.

INOC. ¡Tú!

CAST. Yo... la verdá: por el bien de buscarle a uté un entretenimiento que le apartara a uté un poquito de tanto número... y como la señorita Beni es tan hermosa... y a nadie le amarga un dulce...

INOC. Por tu buena intención, te perdono.

CAST. ¿También... del arresto en casa?

INOC. No; continúas arrestado.

PAS. (A Saturio.) Ahora es preciso que vayas a casa de Beni.. y allí les cuentes la historia de tu boda deshecha.

SAT. De allí vengo y acabo de contársela a sus padres.

INOC. Miren ustedes que no siempre se dan dos casos idénticos. Los amores de don Saturio y los míos, empezaron de la misma manera, pero esa segunda parte... la opinión del vul-

go, ya saben ustedes: *Vox populi, vox Dei*: Voz del pueblo, voz de Dios...

SAT. Esa es la mayor blasfemia que se ha inventado. Créame usted, capitán.

PAS. Corre a casa de Beni, ten con ella una explicación y... ¿quién sabe?

INOC. Sí, voy ahora mismo. (Medio mutis.)

SAT. No vaya usted; su prometida está en la fiesta de las Hijas de María.

INOC. Castañeda, vete a la iglesia mayor, y así que acabe la función, vienes a avisarme. ¡Escapado!

CAST. No, señor, no voy.

INOC. ¡Qué dices!

CAST. Que no puedo ir.

INOC. ¿Cómo que no puedes ir?

CAST. Estoy arrestao...

INOC. Levanto el arresto.

CAST. ¡Escapao! (Vase corriendo a la calle.)

SAT. ¿Y por qué no habló usted con Beni ayer mismo?

INOC. Es tan hermosa y tan dulce su voz... la quiero tanto... que yo tenía miedo de que me convenciera hasta no teniendo ella razón!

SAT. Muy celoso está usted; señal de que la quiere mucho.

INOC. Muchísimo; sí, señor.

ESCENA XII

LOS MISMOS. Por el foro DOÑA GREGORIA y TRINI. A su debido tiempo, PEPITA y FABRICIO, LEONA y LEON

PAS. Hola; ¿tan pronto se acabó la misa?

GREG. No, señor; hemos salido antes del Evangelio.

PAS. Pues, ¿y eso?

GREG. Trini necesita hablar con su sobrino de usted.

INOC. ¿Conmigo?

TRINI (Muy compungida.) Sí, señor.

(Entran Pepita y Fabricio y quedan en último término escuchando.)

INOC. Usted dirá.

TRINI Esta mañana... hemos ido a... a confesar...

INOC. Ya lo sé

TRINI Y yo... le he dicho al confesor...

GREG. ¿Qué vas a hacer? La penitencia puede decirse, pero no la confesión.

TRINI Pues... sepa usted... que todo lo que Pepita le contó de Beni... es mentira; porque de Beni... nadie tiene por qué hablar... como no sea para ponerla en las nubes; también Pepita fué a contarle cosas malas de usted a la pobre Beni... Ya le ha pedido perdón en la misma iglesia.

INOC. ¿Y usté ha ido a confesarse de los pecados de Pepita?

TRINI Sí, señor.

GREG. Porque esta es una infeliz; pero ella no hizo sino oir, ver y callar, lo mismo que yo, pues todo fueron trapacerías de Pepita.

(Entran León y Leona, y quedan en último término. Durante la gresca que sigue, don Pascual, Saturio e Inocencio se bañan en agua de rosas, que decimos.)

PEP. Señora; haga usted el favor de fijarse en lo que dice; que yo no me metí en nada; usted y su hija fueron las que armaron todo este enredo ayudadas por Leona, y Leona fué la que dictó la carta a Beni para que tronara con su prometido.

LEONA Muchas gracias. ¡Que yo ayudé a armar el enredo! ¡Que yo dicté la carta a Beni! ¿Y a quién se le ocurrió eso de la carta sino a ti y a Trini?

TRINI Yo no dije palabra.

GREG. Os agradeceré que dejeis en paz a mi hija, porque de todo tiene la culpa Pepita y nadie más.

PEP. Permítame que la diga que su hija fué quien echó más leña al fuego.

GREG. Dispensa que te diga que fuiste tú, a pesar de decirte yo: Cállate, Pepita; cállate, Pepita.

PEP. Perdone si la digo que está usted equivocadísima.

GREG. Tú, sí, tú; muerta de envidia por los encajes que compró en Olías del Rey ese tio usurero; y por eso reñiste con Fabricio.

FAB. (Que ha estado en último término escuchando.) Doña Gregoria; sepa que Pepita y yo hemos hecho las paces; y respecto de mi señor padre la ruego que se reporte y mire lo que dice.

GREG. No sabía que estaba usted ahí agazapado

para escuchar, pero, en fin; lo dicho de su padre, dicho está.

FAB. Señora; como soy hombre, y además soy persona decente y estoy bien educado, no debo decir a usted lo que se merece; pero usted, que ni es hombre ni tiene mis cualidades morales, comprenderá fácilmente lo que por prudencia me callo.

PEP. Bien dicho.

FAB. Bien dicho, si, señor.

GREG. (Aparte a don Pascual.) Don Pascual, ¿qué me ha querido decir Fabrício con todo eso?

PAS. Nada; la cosa no tiene importancia.

SAT. ¿Se ha convencido usted, Capitán?

INOC. Sí, don Saturio; ahora veo lo que es el vulgo.

PAS. Y las amigas.

LEÓN Aleluya, señores: ya tengo la plaza de organista de la iglesia mayor.

PAS. ¿Ha muerto don Matías?

LEÓN No, señor, pero se ha retirado por edad.

LEONA ¿Y nos casaremos en seguida?

LEÓN ¡Aleluya!

TODOS Enhorabuena. Etcétera.

ESCENA XIII

DICHOS. De la calle BLAS SABIRON

BLAS Señores: ante todo, un saludo. Necesito pronunciar breves palabras ante la presente reunión.

SAT. (Aparte a Inocencio.) ¿Quién es éste?

INOC. Uno que siente gran admiración por sí mismo.

PAS. Hable usted.

BLAS Una bondadosa señorita de esta mi población, ha sido injustamente vilipendiada por un pequeño sector de opinión. Ustedes ya saben lo que es sector..

PAS. Yo, no; pero lo digo muchas veces.

BLAS Yo soy el hombre más verdad que hay: ahí está toda la población. A mayor abundamiento, fuí preguntado por la persona de mayor excepción: ahí está el amigo Céspedes... que diga el plano en que yo me coloqué...

INOC. Usted calló, pero su silencio me hizo mucho daño.

BLAS Callé porque nadie tiene motivo para poner en entredicho a la vilipendiada. La mujer es un cristal que se empaña hasta con el aliento; por eso me encerré en el mutismo.

GREG. Es un talento natural.

LEÓN (Papel de música a don Pascual.) Voy a dejar ahí dentro la marcha nupcial de *Lohengrín*. (Vase izquierda.)

CAST. Mi capitán; ya sale la gente de la iglesia.

INOC. Adiós, señores; corro a casa de Beni. (Medio mutis.)

PAS. ¿Sin nada a la cabeza?

INOC. Es verdad... ¡la gorra! (Va a cogerla de sobre la silla de la izquierda.)

ESCENA XIV

DICHOS. De la calle, BENI y DOÑA CLETA. Piano dentro: marcha nupcial de «Lohengrín» primera parte nada más

BEN. ¡Inocencio!

INOC ¡Beni! (Casi se abrazan.)

BLAS La efusión. (A don Pascual.)

BEN. Ya me ha dicho Pepita que todo han sido habladurías de la Trini y de su madre...

GREG. De Leona, que fué la causante de todo.

LEONA No es verdad, que fué Pepita.

PEP. Vosotras; que yo no me metí en nada. (Bronca.)

PAS. ¡Basta! Ninguna de vosotras tiene culpa de lo sucedido. Todo ello ha sido un sueño de Beni y de mi sobrino.

INOC. Sueño de muy agradable despertar, gracias a don Saturio.

SAT. De nada, hijos míos, porque, al veros felices, me siento tan feliz como vosotros.

BLAS El altruismo. (A don Pascual.)

PEP. Nos perdonas, ¿verdad?

BEN. Ya lo creo, ¿cómo no perdonar a tan buenas amigas?

PAS. ¡Qué amigas tienes, Benita!

CAST. Mi capitán; ¿me permite darle el último consejo a su tío?

INOC. Dáselo.

PAS. Venga.

CAST. (Saca papel y lee.)
La muchacha que, pronto,
piensa casarse,
de sus amigas, debe
de separarse.
¡Arsa pilili,
que la envidia las vuelve
bolcheviquíbiris!
(Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE PABLO PARELLADA

Los asistentes, juguete en un acto
La cantina, sainete en un acto.
Las olivas, sainete en un acto.
El Regimiento de Lupión, comedia en cuatro actos.
El filósofo de Cuenca, comedia en tres actos.
El figón, juguete en un acto.
Los motes ó el gran sastre de Alcalá, sainete en un acto, en colaboración con D. Juan Colom.
La güelta é Quirico, juguete en un acto.
El teléfono, juguete en un acto.
El himno de Riego, episodio histórico en dos actos
La vocación, comedia en dos actos.
De Madrid á Alcalá, sainete en un acto y tres cuadros.
Tenorio modernista, remembrucia enoemática y jocunda en una película y tres lapsos.
Lance inevitable, juguete cómico en un acto y tres cuadros.
Caricaturas, pasatiempo en un acto y cinco cuadros.
El Maño, zarzuela en un acto en colaboración con don Gonzalo Cantó, música del maestro Barrera.
El celoso extremeño, zarzuela en un acto y tres cuadros, en colaboración con D. Gonzalo Cantó, música del maestro Barrera.
De pesca, diálogo en prosa.
El Gay Saber, sainete en un acto y tres cuadros, en colaboración con D. Alberto Casañal.
Los divorciados, opereta en tres actos, arreglada de alemán.

Mujeres vienesas, opereta en tres actos, arreglada del alemán.

Tenorio musical, humorada en un acto y cinco cuadros.

Repaso de examen, entremés.

Recepción académica, monólogo, en colaboración con D. Alberto Casañal.

Cambio de tren, monólogo, en colaboración con D. Alberto Casañal.

A la orillica del Ebro, traduccion y arreglo del juguete en un acto «El Avi» de Apeles Mestres.

Los macarrones, juguete, género gran guignol, en un acto.

Il cavaliere di Narunkestunkesberg, ópera humorística en un prólogo y tres cuadros.

La justicia de Almudévar, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Alberto Casañal.

El gran filón, monólogo en prosa.

En un lugar de la Mancha, comedia en tres actos.

La tomadora, entremés en un acto, música del maestro Barrera.

Pelé y Melé, entremés en un acto y en prosa.

Colonia veraniega, comedia en tres actos y en prosa.

Mitin pro cocineras, El idioma castellano, Las chimeneas, monólogos.

¿Tienen razón las mujeres?, comedia en un prólogo y tres actos.

Secretos de la escena, monólogo.

Solo de violón, monólogo.

Los de cuota, refundición de «El regimiento de Lupión».

Lo que hace el vino, entremés publicado en «Blanco y Negro».

¡Qué amigas tienes, Benita!, comedia en tres actos.

Precio: TRES pesetas